Presentación

¡Qué tremenda responsabilidad hablar en nombre de Dios!

La Palabra de Dios crea, mueve, levanta, condena, salva. Por eso el profeta tiembla y se siente indigno al pronunciar la Palabra. Mira su pequeñez al hacer resonar en los propios labios la Voz Divina que rompió el silencio de la nada para dar origen a las maravillas del universo. La Voz de la Escritura que narra el dolor y la esperanza de la humanidad y descubre la presencia del Amor Infinito que acompaña su marcha dolorosa.

La Palabra de Dios es amor y se hace carne en el rostro de Jesús. Jesucristo, Hijo del Dios eterno e infinito, ligado a un pueblo, a una historia y a una tierra. Así contemplamos a Jesús dando vida a la Palabra, leyendo con veneración y respeto la Sagrada Escritura en la Sinagoga: “Le entregaron el volumen del profeta Isaías, desenrolló el volumen y halló el pasaje donde estaba escrito…” Pero no es sólo la proclamación externa de una Palabra, sino que la hace realidad en su propia vida: “Hoy se cumple esta Palabra”. Cristo es la Palabra de Dios haciéndose carne y presencia de la voz de amor pronunciada desde la eternidad.

Es la misma misión del Lector dentro de nuestras celebraciones: hacer presente con su sonido la **voz** amorosa del Padre que llega al corazón de los oyentes; reproducir el grito doloroso del profeta que anuncia y denuncia; unirse a alabanza del poeta que entona himnos de alegría y reconocimiento ante las maravillas y prodigios del Señor; animar los corazones fatigados, instruir con cartas y sermones… en una palabra: dar vida al pueblo que se congrega en torno a la Palabra.

Ser **Lector de la Palabra de Dios** es un gran don y una gran responsabilidad. ¿Cómo prepararse para tan gran ministerio? Se requerirá la oración, la coherencia, el conocimiento de la Escritura y de las ciencias, el dominio de la técnica y de los medios de transmisión… y siempre será poco lo que hagamos para estar suficientemente preparados.

Con gratitud bendigo este trabajo que busca hacer conciencia de esta responsabilidad y ayuda a preparar a nuestros lectores introduciéndolos en esta bella misión. Es el camino de sumergirse en el sentido y profundidad del texto para hacerlo vida no como expresión teatral, sino como anhelo de vida, como propuesta de amor y como signo de comunidad.

Que el Señor bendiga al equipo que ha preparado este instrumento y que purifique nuestros corazones y nuestros labios para pronunciar dignamente su Palabra.

Con mi bendición y mi cariño

+ Enrique Díaz Díaz

Obispo de Irapuato

**EL MINISTERIO DEL LECTOR**

1. **Ser**

**1. La Palabra de Dios trasmitida**

1. **Dios nos habla**
2. Dios habla a su pueblo.

Dios quiere entrar en contacto con los hombres, desea entablar un diálogo con nosotros a fin de realizar la historia de la salvación, comunicándonos así su vida divina. A esta iniciativa la llamamos revelación, ya que por medio de ella Dios se nos ha manifestado, se nos ha abierto indicándonos quién es Él, y quienes somos nosotros, y cuál es su plan y proyecto sobre toda la humanidad y la creación entera.

Esta revelación se lleva a cabo a través de obras y palabras íntimamente ligadas. Por una parte las obras que Dios realiza en la historia manifiestan y confirman lo que las palabras anuncian; y a su vez las palabras proclaman las obras y explican su sentido profundo.

Esta revelación que se fue realizando paulatinamente por diversos mediadores, y que tiene su plenitud y perfección en Cristo Jesús, está consignada por escrito en los libros de la Biblia.

Dios se fue revelando por obras y palabras. Es un Dios ligado a nuestra historia, un Dios que toma partido por el débil, que se mantiene fiel a sus promesas, tal como se reveló al pueblo de Israel.

La Biblia no es un mensaje del pasado, sino que es una palabra viva y eficaz, más cortante que espada alguna de dos filos.[[1]](#footnote-1) Aunque fue escrita hace mucho tiempo, sin embargo su mensaje sigue siendo válido en nuestro tiempo ya que contiene la Palabra viva de Dios. Por eso Dios sigue conversando hoy con su Esposa amada la Iglesia.[[2]](#footnote-2) Por eso también cuando en la Iglesia se lee la Sagrada Escritura, es Cristo mismo quien nos habla. Él se hace presente en su palabra.[[3]](#footnote-3)

1. Estructura interna de la Sagrada Escritura.

*División fundamental*. La Biblia se divide en dos partes fundamentales: El Antiguo Testamento (Antigua Alianza) y el Nuevo Testamento (Nueva Alianza). Los dos Testamentos suman un total de 73 libros: 46 libros del AT escritos antes de la venida de Cristo y 27 del NT escritos después de su venida.

1. Géneros literarios.

*División específica.* Una forma de dividir los dos Testamentos más específicamente es la siguiente:

* + Antiguo Testamento:
    - Libros históricos o narrativos: 21.
    - Libros didácticos: 7.
    - Libros proféticos: 18.
  + Nuevo Testamento:
    - Libros históricos o narrativos: 5.
    - Libros didácticos: 21.
    - Libros proféticos: 1.

1. Significado del Oráculo de Yahvé.

Los hombres de la Palabra no hablan su propia palabra. Son hombres de la Palabra de Yahvé, como los profetas. Así lo repiten los profetas constantemente en los oráculos.[[4]](#footnote-4)

Una palabra que el profeta no la puede acallar ni silenciar: “Me dije: No me acordaré de él, no hablaré en su nombre; pero ella era en mis entrañas fuego ardiente encerrado en los huesos: intentaba contenerlo, y no podía.”[[5]](#footnote-5)

Es la palabra que cala honda y profundamente en la vida del profeta. En ocasiones es alegría y gozo para él, pero en muchos otros momentos es oprobio y befa para el profeta. Una palabra que le acarrea problemas, incomprensiones y persecuciones.[[6]](#footnote-6)

Es la palabra de la *tradición actualizada* está enraizada en el pasado, en la alianza y los beneficios que Dios ha hecho por su pueblo, pero a la vez está actualizada a las situaciones y circunstancias concretas, puesto que interpreta la historia que están viviendo.

Es la palabra que interpela, que provoca una respuesta, que no nos puede dejar indiferentes, y ante la que no podemos permanecer neutrales. *Anuncia* la presencia de Dios en la historia, la salvación divina para el pueblo y para los demás pueblos de la tierra. *Denuncia* los intentos de hacer ausente de la historia al Dios de la historia, denuncia los pecados del pueblo en general y de sus dirigentes en especial.

**2. Dios se vale de hombres para trasmitir su mensaje**

1. Cuando Dios habla directamente al hombre. Cf. Adán- Eva; Caín Dios; Noé- Dios. Gén. 1, 26 – 27; 2, 16; 3, 8 – 24; 4, 9 – 15.

El hombre, criatura de Dios, ha sido llamado a realizarse en tres plano distintos, pero íntimamente ligados. En su relación con Dios, con sus semejantes, con las cosas se juega su suerte y su vocación suprema.

Con relación a Dios el hombre ha sido creado por Él a su imagen y semejanza.[[7]](#footnote-7) Esta realidad lo hace ya distinto de los demás seres creados, pues participa de la inteligencia, voluntad y poder divino. El hecho que el hombre sea imagen de Dios nos habla ya de la dignidad fundamental de todo ser humano y de su vida y nos hace ver que el hombre podrá encontrarse con Dios sólo en la medida en que sea capaz de descubrir su imagen en el ser humano. De ahí la prohibición de hacerse imágenes de Yahvé en Israel,[[8]](#footnote-8) pues ya existe una imagen divina: la persona humana.

Con relación a los demás seres humanos el hombre ha sido creado para vivir la unidad y la comunión. Cuando olvida, desprecia o rechaza esta relación fraternal, y atropella o no vela por la dignidad de sus semejantes, está oponiéndose al plan divino.

Con relación a las cosas, a la creación entera, el hombre ha sido puesto para dominarla. Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos.

1. Dios habla a su pueblo por mediación de los Patriarcas. Cf. Noé, Issac, Jacob. Génesis 12, 1 – 7.

*La vocación de Abraham*. Dios irrumpe en la vida silenciosa, tranquila y cómoda de un hombre ordenándole dejar su tierra, su patria y su parentela para lanzarse en el camino del riesgo y de la oscuridad hacia la conquista de unas promesas que jalonan hacia el futuro.

La Palabra de Dios se convierte para Abraham en mandato, promesa y anuncio. Una triple promesa domina el relato de su vocación: tierra, descendencia y bendición en él de todas las naciones del mundo. Ante la Palabra de Dios que se convierte en mandato, promesa y anuncio, Abraham responde con la obediencia, la esperanza y la fe, tres aspectos y dimensiones de su vida que lo proyectaron en el presente hacia la meta del futuro.

Abraham confió en Dios. En la promesa de la tierra, del hijo y de la bendición por su medio a todas las naciones.

*Isaac y Jacob*. Viene presentado como el hijo de Abraham y de Sara, es el hijo de la promesa divina.[[9]](#footnote-9) Dios se lo pide en sacrificio y luego se lo devuelve.[[10]](#footnote-10) Se casa con Rebeca y ambos engendran a Esaú y Jacob. Jacob se queda con el derecho de primogenitura.[[11]](#footnote-11) Y recibe la bendición paterna. Dios le cambia su nombre por el de Israel. En la Biblia aparece como el padre de 12 hijos que son los jefes de las doce tribus de Israel. José, el preferido de Jacob, por envidia fue vendido por sus hermanos. Se lo llevaron a Egipto donde llegó a ser ministro del faraón. Gracias a su política agraria los habitantes de Canaán pudieron acudir a Egipto cuando el hambre arreció. Después de varias entrevistas y peripecias dramáticas, recibió en Egipto a su padre y a sus hermanos, una vez que éstos reconocieron su culpa y su pecado al haber vendido a su hermano, quien los perdonó. De esta forma los descendientes de los Patriarcas se establecieron en Egipto.

La época patriarcal está dominada por las promesas. Los patriarcas mueren saludando de lejos esas promesas. Son los antepasados del pueblo de Israel.

1. Dios habla a través de Moisés.

Dios se aparece en el desierto a Moisés para manifestarle quién es Él y cuáles son sus planes de liberación para su pueblo oprimido, constituyendo a Moisés como mediador principal de esta misión. De esta manera, en la primera intervención de Dios en la historia, reconocida como tal, Dios aparece no como un Dios neutral, sino como el único Dios que toma partido por el oprimido. Dios se revela como Yahvé. Su nombre “Yo Soy el que Soy”, puede significar una respuesta evasiva ante el peligro de ser manipulado, como también puede remitir al futuro en la acción, la liberación que Dios por medio de la cual Dios se revela a su pueblo.

La finalidad de esta liberación que anuncia Yahvé es que el pueblo pase de la “servidumbre” al culto auténtico que es inconcebible sin la liberación. El pertenecer a Yahvé implica que ya no pertenecen al Faraón, que no son ya un pueblo de esclavos, sino un pueblo de libres, de hijos de Dios.

Moisés ayudado de su hermano Aarón lleva a cabo la obra de liberación encomendada por Dios. Obra que no es pacífica, sino que se topa ante diversos obstáculos.

1. Dios habla a través de los Jueces.

En el período de los jueces el pueblo peca rebelándose contra Dios con quien había pactado una alianza. Dios los castiga por medio de otras naciones. Sólo cuando su pueblo reconoce su pecado y se arrepiente, entonces Dios lo perdona y lo libera suscitando un juez o libertador entre ellos.[[12]](#footnote-12)

1. Dios habla a través de los profetas.

Los profetas han sido llamados por Dios a predicar con su palabra, con sus acciones simbólicas y con su misma vida el mensaje de Dios. Todos ellos están convencidos de esa irrupción de Dios en si vida personal, no obstante su resistencia en ocasiones. Los profetas son los *confidentes* de Dios. Son hombres del Espíritu porque Él es quien inspira a los profetas y quien los invade con su fuerza arrolladora.[[13]](#footnote-13)

**3. Dios nos habla a través de su Hijo**

Cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo,[[14]](#footnote-14) la Palabra hecha carne. [[15]](#footnote-15) Jesús a través de toda su vida, especialmente a través de su misterio pascual realizó la plenitud de la revelación y de nuestra salvación. Los Evangelios son el testimonio principal de la vida y doctrina de Jesús, la Palabra hecha carne. Jesús mandó a sus apóstoles predicar el Evangelio realizando así la obra de salvación en todos los hombres.

La historia de la salvación llega a su culmen con la persona de Jesús que viene a establecer la Nueva y Eterna Alianza entre Dios y los hombres, dando así cumplimiento a las promesas antiguas. En los escritos del Nuevo Testamento se ha plasmado esta realidad.

Jesús anuncia e inaugura el Reino de Dios. Éste es el tema central de Jesús. Jesús no sólo anuncia, sino que también realiza el reinado de Dios. Su presencia y manifestación, son obras y palabras, sus signos y milagros, y sobre todo su muerte y glorificación hacen presente el Reino de Dios.

**2. La Mesa de la Palabra**

La presencia activa de Cristo, en la Liturgia de la Palabra, fue puesta de relieve por el Vaticano II al afirmar que «cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla» (SC, 33). En la Celebración Eucarística, «la importancia de la Escritura es sumamente grande» (SC, 24). El mismo Concilio también ilustró la importancia de su proclamación en la Asamblea, recordando el vínculo existente entre la Palabra y los Sacramentos:

«No sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y de cosas; por eso se llaman Sacramentos de la Fe" (SC, 59).

Pero la fe se alimenta y se robustece por la recepción de la Palabra de Dios. Por ello, el Concilio determinó que en toda celebración de cualquier Sacramento hubiera una Proclamación de la Palabra. Esto vale, en primer lugar, para la Eucaristía, que de modo eminente es «el Sacramento de la fe». Así, el Concilio decretó lo siguiente:



«A fin de que la Mesa de la Palabra de Dios se prepare con mayor abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un periodo determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura» (SC, 51).

El Leccionario dominical de la Misa, distribuido en tres años, procede de dicha decisión. De ella también procede la introducción de una Lectura del Antiguo Testamento. Al evocar la Mesa de la Palabra de Dios en su relación con la de la Eucaristía, los Padres del Concilio hacían eco de la enseñanza unánime de la tradición: «De la Mesa del Señor recibimos nuestro alimento, el pan de vida –escribe San Hilario–, pero de la Mesa de las Lecturas dominicales tomamos el alimento de la doctrina del Señor» (Hilario de Poitiers, Tractatus in Ps. 127). Toda la reflexión de la Iglesia a lo largo de los siglos, acerca de las dos mesas a que nos invita el Señor, no podría añadir nada a las mismas palabras de Jesús en el discurso de Cafarnaún, que están en íntima vinculación con la experiencia eucarística de la comunidad cristiana primitiva: «Yo soy el pan de vida. El que viene a Mí no pasará hambre, y el que cree en Mí no pasará sed» (Jn 6, 35). Estamos, pues, invitados a recibir al Señor por la fe. Jesús añade: «El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna» (Jn 6, 54). La comida por la fe prepara la comida sacramental. Por ello, el Concilio insistió en que «la Liturgia de la Palabra y la Eucaristía están tan íntimamente unidas, que constituyen un solo acto de culto» (SC, 56).

**1. El ambón**

Junto con el altar, el ambón es un lugar litúrgico de gran significado en el espacio del culto cristiano. Es la sede de la «mesa de la Palabra», como el primero lo es de la «mesa de la Eucaristía». Desde el ambón se proclama la Palabra de Dios, se anuncia la resurrección de Cristo. Su etimología es significativa. «Ambón» tiene su origen en el verbo griego «anabainein»: subir. Los ambones de los primeros siglos solían ser lugares elevados a varios metros sobre el piso, para permitir que los lectores fueran vistos y las lecturas escuchadas por toda la asamblea. Pero junto con el motivo práctico, visual y auditivo, hay un evidente simbolismo: al ambón se sube a proclamar la Buena Nueva de Cristo resucitado, núcleo del mensaje cristiano. Es el monte al que Moisés subió para recibir la ley de Dios, el estrado desde el cual Esdras proclamó la nueva ley, pero sobre todo esos tejados desde los cuales se anuncia la Buena Noticia. Es el sepulcro vacío, desde el que Cristo victorioso proclama su resurrección.

En el siglo IV, la basílica que fue construida sobre el sepulcro de Jesús en Jerusalén, no tenía ambón: las lecturas se proclamaban desde el mismísimo lugar donde Jesús estuvo amortajado y se levantó resucitado. Este simbolismo hizo que, muy a menudo, los ambones del pasado evocasen un sepulcro y fuesen decorados con alegorías de la muerte-resurrección.

El ambón originario, lugar elevado que a veces estaba situado en medio del templo, fue sustituido después por el púlpito, una tribuna generalmente adosada a una columna de la iglesia, a la que se accedía por una escalera de caracol. La reforma litúrgica volvió a valorar la forma más primitiva del ambón, que es la que hoy se construye. No es raro hallar, sin embargo, ambones poco significativos, sea por su posición dentro del espacio litúrgico, sea por su materialidad. Es bueno mirar bien los que tenemos y renovar su importancia en nuestros espacios litúrgicos.

1. Símbolo e instrumento

El ambón es la sede de la Palabra, que es Cristo. De allí su alto valor simbólico. Al mismo tiempo, es un mueble cuya función práctica es esencial en la liturgia. Un buen ambón debería responder tanto a su valor simbólico como a su condición de instrumento para que la Palabra de Dios sea trasmitida y recibida. Hermoso y práctico, digno y útil al mismo tiempo.

No es raro encontrar ambones que no responden adecuadamente a su valor simbólico y utilidad. A veces son simples y ligeros atriles movibles; otras demasiado altos y voluminosos, que no dejan ver sino la cabeza de quien lee; hay ambones mal iluminados o con micrófonos enormes; o dos ambones idénticos, uno a cada lado del presbiterio.

Es necesario que haya otro lugar similar al ambón para los guías de la liturgia, los avisos y eventualmente, el guía del canto de la asamblea. Ése puede ser un atril móvil, más pequeño y discreto. Así el ambón se usa solamente para los elementos propios de la Liturgia de la Palabra. Por su propio simbolismo, el ambón debería ser único en el espacio litúrgico. Un solo altar y un solo ambón, para cada una de las dos «mesas». El paralelismo simbólico y celebrativo entre altar y ambón hace conveniente que sean homogéneos: construidos de los mismos materiales, similares en lo formal, adornados de modo parecido.

La nueva Introducción General del Misal Romano describe al ambón con las siguientes palabras: «La dignidad de la Palabra de Dios exige que en la iglesia haya un lugar adecuado desde donde se la anuncie, y hacia el cual converja espontáneamente la atención de los fieles durante la liturgia de la Palabra. Conviene que en general este lugar sea un ambón fijo y no un simple atril movible. El ambón, según la estructura de cada iglesia, debe estar dispuesto de tal manera que los ministros ordenados y los lectores puedan ser cómodamente vistos y oídos por los fieles. Desde el ambón se proclaman únicamente las lecturas, el salmo responsorial y el pregón pascual; también desde él pueden hacerse la homilía y las intenciones de la oración universal. La dignidad del ambón exige que sólo suba a él un ministro de la Palabra.» (IGMR 309).

1. Actual comprensión del Ambón y del Atril del comentador.

El ambón no es un atril o facistol, como estamos acostumbrados a ver muchas veces. Es el lugar de la celebración de la Palabra. Ha de ser único, fijo, no un mueble móvil. Debe instalarse en un espacio amplio, que permita la proclamación de los textos sagrados y favorezca la presencia de los ministros, en caso de que haya procesión solemne para el Evangelio. Ha de estar cerca del pueblo para que permita una correcta audición y visibilidad.

Convendría que el libro de la Palabra estuviera siempre abierto durante y después de la celebración litúrgica, como recordatorio permanente de la Palabra de Dios en medio de su pueblo.

También puede estar adornado con flores o motivos que destaquen el sentido festivo y solemne de este lugar. Su mejor ornato es el material noble y la forma auténtica con la que esté construido. Junto al ambón ha de dejarse un espacio suficiente para colocar el cirio pascual como complemento necesario, pues es el icono espacial de la resurrección del Señor, ya que la gran noticia proclamada desde el ambón es la resurrección de Cristo en la Vigilia Pascual.

**2. El leccionario**

1. Los libros litúrgicos

Por *libro litúrgico,* en sentido estricto, entendemos un libro que sirve para una celebración litúrgica y está escrito con vistas a ella. En sentido más amplio, es tal también el libro que, aun no habiendo sido escrito con vistas a la celebración, contiene, sin embargo, textos y ritos de una celebración, tanto si han sido usados como si no.

En el primer sentido, el libro es un elemento de la celebración, y a él también se le respeta e incluso se le venera; en el segundo sentido, el libro se convierte en fuente para la historia de la liturgia, y en particular del rito o de los elementos que contiene.

Además de estas fuentes directas, existen también aquellos escritos que nos informan sobre el hecho litúrgico sin ser por ello libros litúrgicos, como textos de historia, escritos de los padres, documentos del magisterio, etc.

Por tanto, los libros litúrgicos contienen los ritos y los textos escritos para la celebración. Son un vehículo de la tradición, en cuanto que expresan la fe de la iglesia, y generalmente son fruto del pensamiento no de un solo autor, sino de una iglesia particular en comunión con las demás iglesias. Pero son también fruto de una cultura, determinada en cuanto al tiempo y al espacio geográfico. En efecto, si bien la liturgia cristiana es sobre todo acción divina que se realiza en el signo sacramental, los libros litúrgicos contienen, sin embargo, las palabras y los gestos con que una cultura ve y expresa esta acción divina.

**CRITERIOS PARA EL USO DE LOS LIBROS LITÚRGICOS**

Contrariamente al modo de concebirse los libros litúrgicos desde el concilio de Trento hasta el Vaticano II, es decir, como textos intocables cuyo dictado había de ejecutarse escrupulosamente, ahora los nuevos libros se entienden como *proyectos* que se han de realizar luego en la celebración, teniendo en cuenta la particular situación de la asamblea concreta. De aquí deriva la necesidad de estudiar bien las *introducciones,* las posibilidades de adaptación que se dejan a las conferencias episcopales y también al presidente individual de la asamblea. Estas posibilidades se han de explotar luego en el momento celebrativo. Los mismos textos y las rúbricas han de observarse prestando mayor atención a lo que quieren decir, a la nueva mentalidad con que se han redactado y con el diverso valor que revisten los diferentes elementos de la celebración. Así, la palabra de Dios hay que proclamarla y respetarla como tal: no se permite modificar el texto de las lecturas, sino que se dan amplias posibilidades de opción en las misas rituales, en celebraciones particulares, en los días festivos. Se ha de prestar mucha atención a los textos eucológicos, especialmente a las fórmulas consecratorias, tanto de la eucaristía como de los demás sacramentos: son textos cuidadosamente formulados, que hay que respetar y valorizar debidamente, con oportuna catequesis previa y con eventuales moniciones breves. Se prevé cierta libertad para la elección de los textos eucológicos variables (las oraciones presidenciales), especialmente en los días de labor. En cambio, sólo tienen valor de ejemplos o modelos los textos de las moniciones previstas en los libros litúrgicos. Respetando su función, es bueno que se expresen con palabras vivas, no atadas al texto del libro litúrgico. Esto vale sobre todo para las celebraciones de los sacramentos. En suma, el libro litúrgico, en lugar de ofrecer una serie de celebraciones ya preordenadas, y por tanto invariables, ofrece abundante material para construir celebraciones diferenciadas y responder así a exigencias diversas. Es árbitro de las diversas opciones el presidente de la asamblea, el cual, sin embargo, mirará al bien espiritual de su comunidad, sabrá usar convenientemente el sentido eclesial y el respeto a las situaciones, no impondrá una idea personal y, sobre todo, sabrá entender y realizar el espíritu que anima a cada parte de la Celebración.

Una última palabra se refiere al respeto hacia el *libro,* considerado en su materialidad. Hay que considerarlo como el signo exterior y visible de lo que contiene; hay que tributar al libro litúrgico el mismo respeto y la misma veneración que la iglesia profesa a la palabra de Dios y la oración de la iglesia. El Leccionario, especialmente, ha de venerarse como la palabra de Dios: la liturgia misma nos lo enseña cuando rodea al libro de los evangelios con tantas señales de veneración (incensación, beso, entronización sobre el altar y sobre el ambón). Sin embargo, esta veneración no debe limitarse al momento del uso litúrgico, sino que hay que cultivarla siempre, tanto durante la celebración como fuera. El respeto al Misal exige igualmente que se le honre, y no se le sustituya con ediciones de bolsillo o con hojas volantes. El respeto al *libro* se manifiesta en la misma composición tipográfica; en la encuadernación; en el modo de tener, llevar, usar el libro y conservarlo

1. El leccionario

Al principio se leían directamente de la Biblia las lecturas para la celebración litúrgica, de modo más o menos continuo. Cuando se comenzó a escoger fragmentos para determinados días, éstos fueron marcados en el margen del texto sagrado. En un segundo momento se hizo, primero como apéndice del libro y luego como códice aparte, un elenco de perícopas distribuidas para varios días. De ahí el término *capitularia,* porque hacían la lista de los *capitula* con la indicación del comienzo y del fin de cada fragmento (faltaba la actual división en capítulos y versículos).

Encontramos así leccionarios que contienen sólo los evangelios (llamados *capitularía evangeliorum), o* sólo las lecturas no evangélicas (llamados *Comes, o Liber Comitis, o Liber commicus) o* también ambos.

1. **Al servicio de la Palabra, el Lector**

**1. Ministros en la Liturgia de la Palabra**

La Tradición Litúrgica asigna la función de leer las lecturas bíblicas en la celebración de la Misa a los ministros: lectores y diáconos. Pero si no hay diáconos o sacerdotes que las lean, el sacerdote celebrante ha de leer el Evangelio y en caso que no haya lector, todas las demás lecturas.

En la liturgia de la Palabra de la Misa le toca al diácono anunciar el evangelio, predicar algunas veces la homilía, si parece conveniente, y proponer al pueblo las intenciones de la oración universal.

En la celebración Eucarística el lector tiene un ministerio propio, reservado a él, aunque haya otro ministro de grado superior. Al ministerio de lector conferido por el rito litúrgico, hay que darle la debida importancia. Los que han sido instruidos como lectores, si los hay, deben ejercer su fundación propia por lo menos los domingos y fiestas, durante la misa principal. Se les puede confiar a ellos, además el encargo de ayudar en la organización de la liturgia de la palabra y de cuidar, si es necesario, de la preparación de otros fieles que por una designación temporal, han de leer las lecturas en la celebración de la Misa.

La Asamblea litúrgica necesita tener lectores, aunque no hayan sido instituidos para esta función. Por eso hay que procurar que haya algunos laicos, los más aptos, que estén preparados para desempeñar este ministerio. Si se disponen de varios y hay que leer varias lecturas, conveniente es distribuirlas entre ellos.

**2. Leer la lectura es un oficio litúrgico**

Un concepto que debemos entender es Ministerio. En Latín, la Palabra Ministerio significa Servicio. De ahí que un Ministro que ejerce un Ministerio es un servidor de la comunidad.

Cristo resume su vida no en ser servido, sino en servir, y esto nos pone de frente a la importancia que tiene el hecho de servir en cualquier ministerio. El ministerio, el servicio a los demás, nos asemeja a Cristo. El que no vive para servir, no sirve para vivir; en otras palabras, no está haciendo nada vivo. Por eso, todos debemos siempre preguntarnos, ¿Qué Ministerio estoy yo ejerciendo en mi comunidad?

Claro, que hay diferentes ministerios de servicio, pero no todos podemos servir en todos; no todos tenemos ese don; pero sí que todos podemos y debemos ejercer algún Ministerio. Las ultimas palabras de Cristo que encontramos en Mt. 28,19-20, y que se consideran como el mandato final de Jesús a los apóstoles son: *"Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, Bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado”*.[[16]](#footnote-16)

Estas palabras de Cristo son también para nosotros, y con ellas Cristo nos manda ir por todo el mundo predicando, ejerciendo el Ministerio de la Palabra. San Pablo nos dice también que la fe entra por la Palabra, y ese es el mandato de Cristo para todos nosotros.

San Marcos 16,15 nos dice: *"Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva a toda la Creación"*. Y esa Buena Nueva la anunciamos cuando Predicamos y Proclamamos la Palabra de Dios. Nos sigue diciendo San Marcos 16,16, que *"El que crea se Salvará y el que no crea se condenará"*. Por tanto, la fe viene con la Predicación de la Buena Nueva, por la profecía, recordando que profetizar no es tanto anunciar cosas desconocidas, sino dar a conocer lo que Dios dice a su pueblo, y el profeta lo dice solo por la acción de Espíritu que lo impulsa. Eso es profetizar.

Esta gran verdad lo confirma San Pedro cuando habla del Discurso que pronunció después de la Venida de Pentecostés sobre el Colegio apostólico. En Hechos 2,15, San Pedro nos dice: *"No estamos borrachos como ustedes piensan, ya que apenas son las nueve de la mañana. Lo que pasa es que ha llegado lo que proclamó el profeta Joel”.* Joel anunció que el mismo Dios en Espíritu se derramaría sobre sus hijos e hijas, y todos los profetizaran.

Mis hermanos, Jesús en su último mandato se dirigió no solamente a los Sacerdotes y diáconos, sino también a nosotros los laicos, que tenemos también el legítimo derecho de proclamar la Palabra de Dios.

El Lector o Proclamador de la Palabra no solo tiene un oficio en la Iglesia; no es digamos un simple predicador o lector y nada más, como quizás mucho lo ven o lo entienden. El Proclamar la Palabra de Dios es una Dignidad, es una Misión Divina, y esa dignidad no la puede ejercer cualquier persona que simplemente lea bien, si antes no ha penetrado en el contenido de esa Palabra, si no vive el Mensaje de esa Palabra.

La Historia de la Iglesia registra en sus páginas del pasado, que el ser un lector, que el proclamar la Palabra de Dios, no era labor de cualquiera ni de quien quisiera hacerlo. El Lector era una de las Órdenes Menores que había en los Seminarios.

La primera orden eran el Hostiario, que era el que tenía la llave y abría la Iglesia; la segunda orden era el Lector, que era el que le daban el libro; la tercera orden era el exorcista que era una orden para expulsar demonios, y una cuarta orden menor era el acólito, para ayudar en la misa. Luego venían las ordenaciones de subdiácono, de diácono, y finalmente la ordenación de Sacerdote.

Todo esto nos deja ver que para la Iglesia ser un Proclamador de la Palabra ha sido siempre algo muy importante, y tanto era así, que todavía en el año 1951, en Roma solo habían 52 lectores ordenados. Por eso, el lector no es un personaje secundario.

El Concilio Vaticano II, que comenzó en 1962 y terminó en 1965, fue el que abrió las ventanas para renovar el servicio en la Iglesia, y nos dió un lugar a los laicos, en la Proclamación de la Palabra.

Cuando un lector proclama, está ejerciendo un Ministerio tan importante, como el del Sacerdote y el diácono. El Sacerdote no puede comer el Pan de la Eucaristía, si antes no se ha comido el Pan de la Palabra de Dios, porque tiene como oficio transmitir al pueblo los mandatos de Dios.

El Lector o Ministro de la Palabra, con su presencia y con su voz, debe respetar la dignidad de su ministerio. Hay conceptos muy prácticos que nos ayudan a comprender la dignidad del ministerio de la Proclamación de la Palabra. Y esto es algo muy importante, porque quizás sin pensarlo, a veces podemos minimizar o disminuir la dignidad de la Palabra de Dios en muchas, a veces con nuestra forma de vestir, a veces con nuestro comportamiento, a veces con el vocabulario, y otras veces con formas y actitudes que plantean ciertas interrogantes a los que nos observan.

En cualquier ministerio que sea, y digamos que muy especialmente para la Mesa de la Palabra, debemos usar la vestidura que exteriormente nos prepare para ese ministerio.

El altar es algo que se puede considerar como un escenario donde hay velas, manteles, etc. Hay también un personaje que es el Ministro, el Sacerdote, que también y según el tiempo litúrgico que esté viviendo la Iglesia, se viste de un color o de otro. Hay también servidores del altar, Ministros Especiales de la Eucaristía, y todo eso va creando un ambiente.

El Lector es parte de ese conjunto integrado, por lo que siempre debe presentarse con dignidad.

Debemos siempre recordar que aunque el lector es muy importante, es mucho más importante el Mensaje de Dios a su pueblo. La misión del lector no es más que poner su persona, que es algo secundario, y por tanto, debe presentarse con mucha humildad, y siempre listo y preparado en todo lo que el puede, para que la gente reciba el mensaje de Dios.

El lector debe compenetrarse bien del texto que va a leer, de su contenido y del mensaje, antes de proclamarlo. Esto es una responsabilidad del lector. Debe llegar más o menos 15 minutos antes, para leer otra vez el mensaje, para percatarse de nuevo del mensaje y asegurarse de que conoce bien y puede proclamar bien todo lo que hay en el texto, de las palabras en las que debe poner especial cuidado al pronunciarla para que se oiga bien, etc. Además, debe leer muy bien el texto, entenderlo bien, meditarlo, y sobre todo aplicarlo a su vida.

Pero el Concilio Vaticano II nos enseñó que la Misa es más simple, pero más valiosa que lo que antes conocíamos; que solo hay dos grandes momentos:

a) La Liturgia de la Palabra, que va desde el inicio hasta la oración de los fieles, y

b) La Liturgia de la Eucaristía, que va desde la presentación de las ofrendas hasta el final.

Ambas mesas son igualmente importantes. No podemos comer con frutos la comunión, si antes no alimentamos nuestra fe con el Pan de la Palabra de Dios.

Estas dos partes, juntas y equilibradas, forman la celebración dominical, y tan importante es la mesa de la Palabra, como la mesa de la Eucaristía.

Esto nos debe ayudar a comprender lo importante que es este Ministerio de Proclamar la Palabra de Dios. La Liturgia es el servicio que la Iglesia ha aprobado para celebrar dignamente la Palabra de Dios, la Mesa de la Palabra y la Mesa de la Eucaristía.

La Liturgia es una de las partes más importantes de la pastoral de una Parroquia, de hay que tenga un lugar preponderante, un grupo especifico que cuide y prepare la Liturgia de cada semana. Pero, ¿que es la Liturgia ? Palabra proveniente del griego clásico leitourgía, que indica la acción o iniciativa en favor del pueblo, ciudad, estado o divinidad. La definición de Liturgia que se desprende del Vaticano II es la siguiente: "Una acción sagrada a través de la cual, con un rito, en la iglesia y mediante la iglesia, se ejerce y continua la obra sacerdotal de Cristo, es decir, la santificación de los hombres y la glorificación de Dios"

Leer las lecturas no es una tarea del presidente de la celebración, sino de otro ministro: el lector. Hacer de lector es una tarea importante dentro de la asamblea. Los que la realizan deben ser conscientes de ello, y vivir el gozo y a la vez la responsabilidad de ser los que harán posible que la asamblea reciba y celebre aquella Palabra con la cual Dios habla a sus fieles, aquellos textos que son como los textos constituyentes de la fe.

El ministerio del lector corresponde, en primer lugar, a quienes oficialmente han sido "instituidos" como tales: no significa que éstos tengan que leer siempre, sino que conviene que lo hagan en las ocasiones más relevantes y que se preocupen de que la Palabra de Dios sea bien proclamada y recibida por la asamblea.

**II. Hacer**

El Concilio Vaticano II expresó el deseo de que «en las celebraciones sagradas debe haber lecturas de la Sagrada Escritura más abundantes, más variadas y más apropiadas».[[17]](#footnote-17) Este deseo halló su cumplimiento en el *Ordo lectionum missae*, publicado en 1969.

**a) Finalidad Pastoral de la Ordenación de las Lecturas de la Misa.**

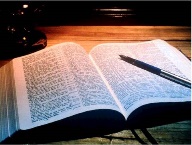
La Ordenación de las Lecturas, tal como se halla en el leccionario del Misal Romano, se ha realizado en primer lugar para obtener un fin pastoral, siguiendo la mente del Concilio Vaticano II.

La Ordenación de las lecturas de la Misa es una distribución de lecturas bíblicas que suministra a los cristianos el conocimiento de toda la palabra de Dios, conforme a una adecuada explicación. Todo el año litúrgico, pero sobre todo en los tiempos de Pascua, de Cuaresma y de Adviento, la selección y distribución de lecturas tiende a que, de modo gradual, los cristianos conozcan más profundamente la fe que profesan. Ofrece adecuadamente los hechos y palabras principales de la historia de la salvación.

Otra razón por la cual se comprende también la conveniencia y utilidad pastoral de una sola Ordenación de las Lecturas del Leccionario de la Misa en el rito romano es el hecho de que todos los fieles escuchen las mismas lecturas y las mediten aplicándolas a las circunstancias concretas.

Teniendo en cuenta las normas generales, se conceden facultades particulares en cuanto a las lecturas de la palabra de Dios en las celebraciones de la Misa para grupos particulares.

**b) Principios en la elaboración de la Ordenación de las Lecturas de la Misa.**

**Selección de textos.**

**Dominical – Festiva:** En los domingos y fiestas se ponen los textos más importantes, para que, en un conveniente espacio de tiempo, puedan ser leídas ante la asamblea de los fieles las partes más relevantes de la palabra de Dios. Se desarrolla en un trienio.

**Serie Ferial:** La otra parte de textos de la S. E., que en cierto modo completan el anuncio de la salvación desarrollado en los días festivos, se asigna a las ferias. Se desarrolla en un bienio.

**1 Esquema Vaticano de tres ciclos, (A,B,C) Para el leccionario dominical.**

Toda Misa presenta tres lecturas: la primera, del Antiguo Testamento; la segunda, del Nuevo Testamento; la tercera, del Evangelio. Con esta distribución se pone de relieve la unidad del Antiguo y del Nuevo Testamento, y de la historia de la salvación, cuyo centro es Cristo, en su misterio pascual.

Los textos del Antiguo Testamento han sido seleccionados principalmente por su congruencia con los textos del Nuevo Testamento, en especial, con el Evangelio que se lee. En los tiempos de Adviento, Cuaresma y Pascua, la composición entre los textos de las lecturas de cada Misa se basa en otros principios. Durante el tiempo ordinario los textos de la lectura apostólica y del Evangelio se distribuyen según el orden de la lectura semi – continua, mientras que la lectura del Antiguo Testamento se compone armónicamente con el Evangelio.

**2 Distribución de las lecturas de las ferias.**



La Misa presenta dos lecturas: la primera del Antiguo Testamento o del Apóstol, y en tiempo pascual, de los Hechos de los apóstoles; la segunda, del Evangelio.

El ciclo anual del tiempo de Cuaresma se ordena según unos principios peculiares que tienen en cuenta las características de este tiempo, su índole bautismal y penitencial. También en las ferias de Adviento y de los tiempos de Navidad y Pascua, el ciclo es anual y por lo tanto las lecturas no varían.

En las ferias de las treinta y cuatro semanas del tiempo ordinario las lecturas evangélicas se distribuyen en un solo ciclo, que se repite cada año. En cambio, la primera lectura se distribuye en un doble ciclo que se lee en años alternos. El año primero se emplea en los años impares; el segundo, en los años pares.

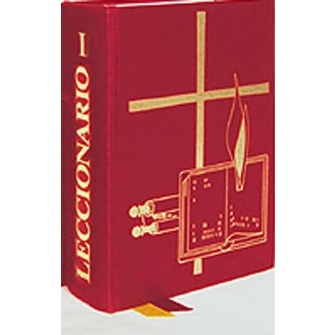
**¿Cómo buscar los textos?**

No hay que buscar textos que digan lo que tenemos ganas de decir: eso es ideología. No busquemos textos para que nos digan ante todo lo que tenemos que hacer. No olvidemos tomar textos que nos revelen a Dios. No tengamos miedo de los textos que nos interrogan, aún si no conocemos la respuesta.

**Leccionario I.**

**1. Preámbulos al Leccionario**

2. Leccionario Dominical

* Ciclo A
  + Tiempo de Adviento
  + Tiempo de Navidad
  + Tiempo Ordinario (Hasta el Domingo 9º)
  + Tiempo de Cuaresma
  + Tiempo Pascual (Hasta el Domingo de Pentecostés)
* Ciclo B
  + Tiempo de Adviento
  + Tiempo de Navidad
  + Tiempo Ordinario (Hasta el Domingo 9º)
  + Tiempo de Cuaresma
  + ****Tiempo Pascual (Hasta el Domingo de Pentecostés)
* Ciclo C
  + Tiempo de Adviento
  + Tiempo de Navidad
  + Tiempo Ordinario (Hasta el Domingo 9º)
  + Tiempo de Cuaresma
  + Tiempo Pascual (Hasta el Domingo de Pentecostés)

3. Leccionario Ferial y de Tiempos Litúrgicos Especiales

* Ferial
  + Tiempo de Adviento
  + Tiempo de Navidad
  + Tiempo Ordinario (Hasta el Domingo 9º)
  + Tiempo de Cuaresma
  + Triduo Pascual
  + Tiempo Pascual (Hasta el Domingo de Pentecostés)

4. Apéndices.

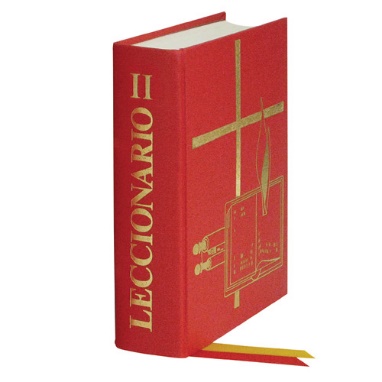
* Lecturas Propias del Santoral
  + De Noviembre a Junio.
  + Común de la Santísima Virgen María
* Textos Comunes Para Los Cantos Interleccionales

**5. Índices**

* **De textos de la Sagrada Escritura.**

**Leccionario II. Después de Pentecostés.**

2. Leccionario Dominical

* Ciclo A
  + Tiempo Ordinario (A partir del Domingo 6º, hasta el domingo 34º)
    - Dominical
    - Solemnidades
* Ciclo B
  + Tiempo Ordinario (A partir del Domingo 6º, hasta el domingo 34º)
    - Dominical
    - Solemnidades
* Ciclo C
  + Tiempo Ordinario (A partir del Domingo 6º, hasta el domingo 34º)
    - Dominical
    - Solemnidades
* Tiempo Ordinario Ferial
  + Tiempo Ordinario (A partir de la semana 6ª, hasta la semana 34ª)
    - Lectura y Salmo dividida en año par e impar
    - Evangelio

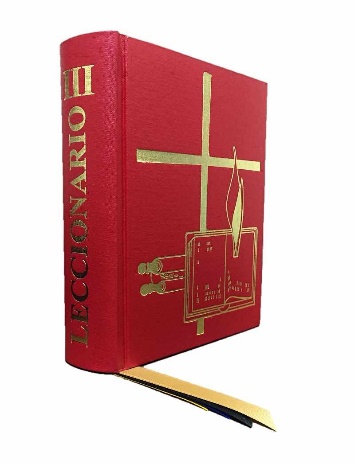
4. Apéndices.

* Lecturas Propias del Santoral
  + De mayo a noviembre
  + Común de la Santísima Virgen María
  + Misa – difuntos.
* Textos Comunes Para Los Cantos Interleccionales

**Leccionario III.**

2. Propio De Los Santos (De enero a diciembre)

3. Misas Comunes.

* Aniversario de Dedicación de una Iglesia
* Común de la Santísima Virgen
* Común de Mártires
* Común de Pastores
* Común de Doctores de la Iglesia
* Común de Vírgenes
* Común de Santos y Santas

4. Misas Rituales.

* Sacramentos de Iniciación Cristiana
* Órdenes Sagradas
* Admisión de los candidatos al Diaconado y Presbiterado
* Ministerios
* Sacramentos para los enfermos y los moribundos
* Matrimonio
* Bendición de un abad o de una abadesa
* Consagración de las vírgenes y profesión religiosa
* Dedicación o bendición de una Iglesia o de un altar

5. Misas por Diversas necesidades

6. Misas Votivas QUE SON VOTIVAS

7. Misas de Difuntos

8. Lecturas del Antiguo Testamento

9. Lecturas del Nuevo Testamento

10. Salmos

11. Aclamaciones

**ORDENAMIENTO DE LAS LECTURAS DE LA MISA**

La *Ordenación de las Lecturas de la Misa* presenta la conexión entre la Palabra de Dios y la acción litúrgica, especialmente y con más detalle en la celebración de la Santa Misa, así como la estructura detallada de la Ordenación de las lecturas. Por esta razón colocamos en este subsidio el texto completo e la Ordenación de las lecturas de la Misa (OLM).

**PROEMIO**

**CAPÍTULO I**

**PRINCIPIOS GENERALES PARA LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA DE LA PALABRA DE DIOS**

1.    Algunas indicaciones previas

a) IMPORTANCIA DE LA PALABRA DE DIOS EN LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA

1 Tanto en el Concilio Vaticano II, como en el magisterio de los sumos pontífices, como también en los decretos que, después del Concilio, han ido promulgando los dicasterios de la santa Sede, se han dicho ya muchas cosas, y muy interesantes, acerca de la importancia de la palabra de Dios y de la restauración del uso de la sagrada Escritura en toda celebración litúrgica. Además, en los Prenotandos de la Ordenación de las lecturas de la misa, editada el año 1969, se expusieron adecuadamente y explicaron brevemente algunos de los principios más importantes.

Con ocasión de esta nueva edición de dicha Ordenación de las lecturas de la misa, han surgido aquí y allá diversas peticiones en el sentido de que aquellos principios fueran expuestos con más precisión; por eso, se ha procurado esta exposición más amplia y congruente de los Prenotandos; en ella, después de una afirmación genérica sobre la conexión entre palabra de Dios y acción litúrgica, se tratará más concretamente de la palabra de Dios en la celebración de la misa, y se expondrá, finalmente, la estructura detallada de la Ordenación de las lecturas.

b) TÉRMINOS EMPLEADOS PARA DESIGNAR LA PALABRA DE DIOS

2 Aunque en esta materia parece razonable urgir una cierta precisión en las palabras, para que el lenguaje sea realmente claro y transparente, no obstante, en estos Prenotandos emplearemos los mismos términos utilizados en los documentos promulgados en el mismo Concilio o después del Concilio, y así, aplicaremos sin distinción y con el mismo sentido las expresiones «sagrada Escritura» y «palabra de Dios» a los libros escritos por inspiración del Espíritu Santo, aunque evitando cualquier confusión de nombres o de cosas.

c) SIGNIFICACIÓN LITÚRGICA DE LA PALABRA DE DIOS

3 En las distintas celebraciones y en las diversas asambleas de fieles que participan en dichas celebraciones, se expresan de modo admirable los múltiples tesoros de la única palabra de Dios, ya sea en el transcurso del año litúrgico, en el que se recuerda el misterio de Cristo en su desarrollo, ya en la celebración de los sacramentos y sacramentales de la Iglesia, o en la respuesta de cada fiel a la acción interna del Espíritu Santo, ya que entonces la misma celebración litúrgica, que se sostiene y se apoya principalmente en la palabra de Dios, se convierte en un acontecimiento nuevo y enriquece esta palabra con una nueva interpretación y una nueva eficacia. De este modo, en la liturgia, la Iglesia sigue fielmente el mismo sistema que usó Cristo en la lectura e interpretación de las sagradas Escrituras, puesto que él exhorta a profundizar el conjunto de las Escrituras partiendo del «hoy» de su acontecimiento personal.

2. La celebración litúrgica de la palabra de Dios

a) CARACTERÍSTICAS PROPIAS DE LA PALABRA DE DIOS EN LA ACCIÓN LITÚRGICA

4 En la celebración litúrgica, la palabra de Dios no se pronuncia de una sola manera, ni repercute siempre con la misma eficacia en los corazones de los que la escuchan, pero siempre Cristo está presente en su palabra y, realizando el misterio de salvación, santifica a los hombres y tributa al Padre el culto perfecto.

Más aún, la economía de la salvación, que la palabra de Dios no cesa de recordar y de prolongar, alcanza su más pleno significado en la acción litúrgica, de modo que la celebración litúrgica se convierte en una continua, plena y eficaz exposición de esta palabra de Dios.

Así, la palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo, y manifiesta el amor operante del Padre, amor indeficiente en su eficacia para con los hombres.

b) LA PALABRA DE DIOS EN LA ECONOMÍA DE LA SALVACIÓN

5 La Iglesia anuncia el único e idéntico misterio de Cristo cuando, en la celebración litúrgica, proclama el Antiguo y el Nuevo Testamento.

En efecto, en el Antiguo Testamento está latente el Nuevo, y en el Nuevo Testamento se hace patente el Antiguo. Cristo es el centro y plenitud de toda la Escritura, y también de toda celebración litúrgica; por esto, han de beber de sus fuentes todos los que buscan la salvación y la vida.

Cuanto más profunda es la comprensión de la celebración litúrgica, más alta es la estima de la palabra de Dios, y lo que se afirma de una se puede afirmar de la otra, ya que una y otra, recuerdan el misterio de Cristo y lo perpetúan cada una a su manera.

c) LA PALABRA DE DIOS EN LA PARTICIPACIÓN LITÚRGICA DE LOS FIELES

6 La Iglesia, en la acción litúrgica, responde fielmente el mismo «Amén» que Cristo, mediador entre Dios y los hombres, con la efusión de su sangre, pronunció de una vez para siempre, para sancionar en el Espíritu Santo, por voluntad divina, la nueva alianza.

Cuando Dios comunica su palabra, espera siempre una respuesta, respuesta que es audición y adoración «en Espíritu y verdad» (Jn 4, 23). El Espíritu Santo, en efecto, es quien da eficacia a esta respuesta, para que se traduzca en la vida lo que se escucha en la acción litúrgica, según aquella frase de la Escritura: «Llevad a la práctica la palabra y no os limitéis a escucharla» (St 1, 22).

Las actitudes corporales, los gestos y palabras con que se expresa la acción litúrgica y se manifiesta la participación de los fieles reciben su significado no sólo de la experiencia humana, de donde son tomados, sino de la palabra de Dios y de la economía de la salvación, a la que hacen referencia, por lo cual tanto más participan los fieles en la acción litúrgica cuanto más se esfuerzan, al escuchar la palabra de Dios en ella proclamada, por adherirse íntimamente a la Palabra de Dios en persona, Cristo encarnado, de modo que aquello que celebran en la liturgia procuren reflejarlo en su vida y costumbres, y, a la inversa, miren de reflejar en la liturgia los actos de su vida.

3. La palabra de Dios en la vida del pueblo «de la alianza»

a) LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA DE LA IGLESIA

7 La Iglesia se edifica y va creciendo por la audición de la palabra de Dios, y las maravillas que, de muchas maneras, realizó Dios, en otro tiempo, en la historia de la salvación se hacen de nuevo presentes, de un modo misterioso pero real, a través de los signos de la celebración litúrgica; Dios, a su vez, se vale de la comunidad de fieles que celebran la liturgia para que su palabra siga un avance glorioso, y su nombre sea glorificado entre los pueblos.

Por tanto, siempre que la Iglesia, congregada por el Espíritu Santo en la celebración litúrgica, anuncia y proclama la palabra de Dios, se reconoce a sí misma como el nuevo pueblo en el que la alianza sancionada antiguamente llega ahora a su plenitud y total cumplimiento. Todos los cristianos, constituidos, por el bautismo y la confirmación en el Espíritu, pregoneros de la palabra de Dios, habiendo recibido la gracia de la audición, deben anunciar esta palabra de Dios en la Iglesia y en el mundo, por lo menos con el testimonio de su vida.

Esta palabra de Dios, que es proclamada en la celebración de los sagrados misterios, no sólo atañe a la actual situación presente, sino que mira también el pasado y vislumbra el futuro, y nos hace ver cuán deseables son aquellas cosas que esperamos, para que, en medio de las vicisitudes del mundo, nuestros corazones estén firmes en la verdadera alegría.

b) LA PALABRA DE DIOS EN LA EXPLICACIÓN QUE DE ELLA HACE LA IGLESIA

8 Por voluntad del mismo Cristo, el nuevo pueblo de Dios se halla diversificado en una admirable variedad de miembros, por lo cual son también varios los oficios y funciones que corresponden a cada uno, en lo que atañe a la palabra de Dios; según esto, los fieles escuchan y meditan la palabra, y la explican únicamente aquellos a quienes, por la sagrada ordenación, corresponde la función del magisterio, o aquellos a quienes se encomienda este ministerio.

Así, la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto, perpetúa y transmite, a todas las generaciones, todo lo que ella es, todo lo que cree, de modo que, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina hasta que en ella tenga su plena realización la palabra de Dios.

c) CONEXIÓN ENTRE LA PALABRA DE DIOS PROCLAMADA Y LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

9 Para que la palabra de Dios realice efectivamente en los corazones lo que suena en los oídos, se requiere la acción del Espíritu Santo, con cuya inspiración y ayuda la palabra de Dios se convierte en fundamento de la acción litúrgica y en norma y ayuda de toda la vida.

Por consiguiente, la actuación del Espíritu no sólo precede, acompaña y sigue a toda acción litúrgica, sino que también va recordando, en el corazón de cada uno, aquellas cosas que, en la proclamación de la palabra de Dios, son leídas para toda la asamblea de los fieles, y, consolidando la unidad de todos, fomenta asimismo la diversidad de carismas y proporciona la multiplicidad de actuaciones.

d) ÍNTIMA COHESIÓN ENTRE LA PALABRA DE DlOS Y EL MISTERIO EUCARÌSTICO

10 La Iglesia honra con una misma veneración, aunque no con el mismo culto, la palabra de Dios y el misterio eucarístico, y quiere y sanciona que siempre y en todas partes se imite este proceder, ya que, movida por el ejemplo de su Fundador, nunca ha dejado de celebrar el misterio pascual de Cristo, reuniéndose para leer «lo que se refiere a él en toda la Escritura» (Le 24, 27) y ejerciendo la obra de salvación por medio del memorial del Señor y de los sacramentos. En efecto, «se requiere la predicación de la palabra para el ministerio de los sacramentos, puesto que son sacramentos de la fe, la cual procede de la palabra y de ella se nutre».

Alimentada espiritualmente en esta doble mesa, la Iglesia progresa en su conocimiento gracias a la una, y en su santificación gracias a la otra. En efecto, en la palabra de Dios se proclama la alianza divina, mientras que en la eucaristía se renueva la misma alianza nueva y eterna. En aquélla se evoca la historia de la salvación mediante el sonido de las palabras, en ésta la misma historia es presentada a través de los signos sacramentales de la liturgia.

Conviene, por tanto, tener siempre en cuenta que la palabra de Dios leída y anunciada por la Iglesia en la liturgia conduce, por así decirlo, al sacrificio de la alianza y al banquete de la gracia, es decir, a la eucaristía, como a su fin propio. Por consiguiente, la celebración de la misa, en la cual se escucha la palabra y se ofrece y recibe la eucaristía, constituye un solo acto de culto, en la cual se ofrece a Dios el sacrificio de alabanza y se confiere al hombre la plenitud de la redención.

**PRIMERA PARTE**

**LA PALABRA DE DIOS EN LA CELEBRACIÓN DE LA MISA**

**CAPITULO II**

**LA CELEBRACIÓN DE LA LITURGIA DE LA PALABRA EN LA MISA**

1. Elementos de la liturgia de la palabra y ritos de los mismos

11 «Las lecturas tomadas de la sagrada Escritura, con los cantos que se intercalan, constituyen la parte principal de la liturgia de la palabra; la homilía, la profesión de fe y la oración universal u oración de los fieles, la desarrollan y concluyen».

a) LAS LECTURAS BÍBLICAS

12 No está permitido que, en la celebración de la misa, las lecturas bíblicas, junto con los cánticos tomados de la sagrada Escritura, sean suprimidas, mermadas ni, lo que sería más grave, substituidas por otras lecturas no bíblicas.En efecto, desde la palabra de Dios escrita, todavía «Dios habla a su pueblo» y, con el uso continuado de la sagrada Escritura, el pueblo de Dios, hecho dócil al Espíritu Santo por la luz de la fe, podrá dar, con su vida y costumbres, testimonio de Cristo ante el mundo.

13 La lectura del Evangelio constituye el punto culminante de esta liturgia de la palabra; las demás lecturas, que, según el orden tradicional, hacen la transición desde el Antiguo al Nuevo Testamento, preparan a la asamblea reunida para esta lectura evangélica.

14 Lo que más ayuda a una adecuada comunicación de la palabra de Dios a la asamblea por medio de las lecturas es la misma manera de leer de los lectores, que deben hacerlo en voz alta y clara, y con conocimiento de lo que leen. Las lecturas, tomadas de versiones aprobadas, pueden, según la índole de las diversas lenguas, ser cantadas, pero de modo que el canto no oscurezca el texto, sino que le dé realce. Si se dicen en latín, se observará lo indicado en el Ordo cantus Missae.

15 Antes de las lecturas, especialmente antes de la primera, pueden hacerse unas breves y apropiadas moniciones. Hay que atender con mucho cuidado al género literario de estas moniciones. Deben ser sencillas, fieles al texto, breves, preparadas minuciosamente y adaptadas al matiz propio del texto al que deben introducir.

16 En la celebración de la misa con participación del pueblo, las lecturas deben proclamarse siempre desde el ambón.

17 En los ritos de la liturgia de la palabra hay que tener en cuenta la veneración debida a la lectura del Evangelio. Cuando se dispone de un evangeliario, que en los ritos iniciales ha sido llevado procesionalmente por el diácono o por el lector, es muy conveniente que el diácono, o, en su defecto, el presbítero, tome del altar el libro de los Evangelios y, precedido de los ministros con ciriales e incienso, u otros signos de veneración autorizados por la costumbre, lo lleve al ambón. Los fieles están de pie y veneran el libro de los Evangelios con sus aclamaciones al Señor. El diácono que ha de leer el Evangelio, inclinado ante el que preside, pide y recibe la bendición. El presbítero, cuando no hay diácono, inclinado ante el altar, dice en secreto la oración: Purifica mi corazón...

En el ambón, el que proclama el Evangelio saluda al pueblo, que está de pie, anuncia el título de la lectura, haciendo la señal de la cruz en la frente, en la boca y en el pecho, luego, si se usa incienso, inciensa el libro y, finalmente, lee el Evangelio. Terminado el Evangelio, besa el libro, diciendo en secreto las palabras prescritas.

La salutación, el anuncio: Lectura del santo evangelio..., y: Palabra del Señor, al final, es conveniente cantarlos, a fin de que la asamblea pueda aclamar del mismo modo, aunque el Evangelio sea tan sólo leído. De este modo, se pone de relieve la importancia de la lectura evangélica y se aviva la fe de los oyentes.

18 Al final de las lecturas, la conclusión: Palabra de Dios puede ser cantada también por un cantor distinto al lector que ha proclamado la lectura, respondiendo luego todos con la aclamación. De este modo, la asamblea reunida honra la palabra de Dios, recibida con fe y con espíritu de acción de gracias.

b) EL SALMO RESPONSORIAL

19 El salmo responsorial, llamado también gradual, por ser «parte integrante de la liturgia de la palabra», tiene una gran importancia litúrgica y pastoral. Por ello, los fieles han de ser instruidos con insistencia sobre el modo de percibir la palabra de Dios, que nos habla en los salmos, y sobre el modo de convertir estos salmos en oración de la Iglesia. Esto «se realizará más fácilmente si se promueve, con diligencia, entre el clero un conocimiento más profundo de los salmos, según el sentido con que se cantan en la sagrada liturgia, y si se hace partícipes de ello a todos los fieles con una catequesis oportuna».

También pueden ayudar unas breves moniciones en las que se indique el porqué de aquel salmo determinado y de la respuesta, y su relación con las lecturas.

20 Normalmente, el salmo responsorial debe ser cantado. Conviene recordar los dos modos de cantar el salmo que sigue a la primera lectura: el modo responsorial y el modo directo. En el modo responsorial, que, en lo posible, ha de ser el preferido, el salmista o cantor del salmo canta los versículos del salmo, y toda la asamblea participa por medio de la respuesta. En el modo directo, el salmo se canta sin que la asamblea intercale la respuesta, y lo cantan, o bien el salmista o cantor del salmo él solo, o bien todos a la vez.

21 El canto del salmo o de la sola respuesta favorece mucho la percepción del sentido espiritual del salmo y la meditación del mismo.

En cada cultura hay que poner en juego todos los medios que pueden favorecer el canto de la asamblea, y en especial el uso de las facultades previstas para ello en la Ordenación de las lecturas de la misa, en lo que se refiere a las respuestas para cada tiempo litúrgico.

22 El salmo que sigue a la lectura, si no se canta, debe leerse de la manera más apta para la meditación de la palabra de Dios.

El salmo responsorial es cantado o leído por el salmista o cantor en el ambón.

c) LA ACLAMACIÓN ANTES DE LA LECTURA DEL EVANGELIO

23 También el Aleluya, o, según el tiempo litúrgico, el versículo antes del Evangelio «tienen por sí mismos el valor de rito o de acto», con el que la asamblea de los fieles recibe y saluda al Señor que va a hablarles, y profesa su fe con el canto.

El Aleluya y el versículo antes del Evangelio deben ser cantados, estando todos de pie, pero de manera que lo cante unánimemente todo el pueblo, y no sólo el cantor o el coro que lo empiezan.

d) LA HOMILÍA

24 La homilía, en la cual, en el transcurso del año litúrgico, y partiendo del texto sagrado, se exponen los misterios de la fe y las normas de vida cristiana, como parte de la liturgia de la palabra, muchas veces, a partir de la Constitución sobre la sagrada liturgia del Concilio Vaticano II, ha sido recomendada con mucho interés, e incluso mandada en algunos casos. En la celebración de la misa, la homilía, que normalmente es hecha por el mismo que preside, tiene por objeto el que la palabra de Dios proclamada, junto con la liturgia eucarística, sea «como una proclamación de las maravillas de Dios en la historia de la salvación o misterio de Cristo». En efecto, el misterio pascual de Cristo, proclamado en las lecturas y en la homilía, se realiza por medio del sacrificio de la misa. Cristo está siempre presente y operante en la predicación de su Iglesia.

La homilía, por consiguiente, tanto si explica las palabras de la sagrada Escritura que se acaban de leer como si explica otro texto litúrgico, debe llevar a la comunidad de los fieles a una activa participación en la eucaristía, a fin de que «vivan siempre de acuerdo con la fe que profesaron». Con esta explicación viva, la palabra de Dios que se ha leído y las celebraciones que realiza la Iglesia pueden adquirir una mayor eficacia, a condición de que la homilía sea realmente fruto de la meditación, debidamente preparada, ni demasiado larga ni demasiado corta, y de que se tenga en cuenta a todos los que están presentes, incluso a los niños y a los menos formados.

En la concelebración, normalmente hace la homilía el celebrante principal o uno de los concelebrantes.

25 En los días que está mandado, a saber, en los domingos y fiestas de precepto, debe hacerse la homilía, la cual no puede omitirse sin causa grave, en todas las misas que se celebran con asistencia del pueblo, sin excluir las misas que se celebran en la tarde del día precedente.

También debe haber homilía en las misas con niños y con grupos particulares.

La homilía es muy recomendable en las ferias de Adviento, de Cuaresma y del tiempo pascual, para los fieles que habitualmente participan en la celebración de la misa, y también en otras fiestas y ocasiones en que el pueblo acude en mayor número a la iglesia.

26 El sacerdote celebrante pronuncia la homilía en la sede, de pie o sentado, o también en el ambón.

27 Hay que separar de la homilía las breves advertencias que, si se da el caso, tengan que hacerse al pueblo, ya que éstas tienen su lugar propio terminada la oración después de la comunión.

e) EL SILENCIO

28 La liturgia de la palabra se ha de celebrar de manera que favorezca la meditación, y, por esto, hay que evitar totalmente cualquier forma de apresuramiento que impida el recogimiento. El diálogo entre Dios y los hombres, con la ayuda del Espíritu Santo, requiere unos breves momentos de silencio, acomodados a la asamblea presente, para que en ellos la palabra de Dios sea acogida interiormente y se prepare la respuesta por medio de la oración.

Pueden guardarse estos momentos de silencio, por ejemplo, antes de empezar dicha liturgia de la palabra, después de la primera y segunda lectura y, por último, al terminar la homilía.

f) LA PROFESIÓN DE FE

29 El Símbolo o profesión de fe, dentro de la misa, cuando las rúbricas lo prescriben, tiende a que la asamblea reunida dé su asentimiento y su respuesta a la palabra de Dios oída en las lecturas y en la homilía, y traiga a su memoria, antes de empezar la celebración del misterio de la fe en la eucaristía, la norma de su fe, según la forma aprobada por la Iglesia.

g) LA ORACIÓN UNIVERSAL U ORACIÓN DE LOS FIELES

30 En la oración universal, la asamblea de los fieles, a la luz de la palabra de Dios, a la que en cierto modo responde, pide normalmente por las necesidades de toda la Iglesia y de la comunidad local, por la salvación del mundo y por los que se hallan en cualquier necesidad, por determinados grupos de personas.

Bajo la dirección del celebrante, un diácono o un ministro o algunos fieles proponen oportunamente unas peticiones, breves y compuestas con una sabia libertad, con las que «el pueblo, ejercitando su oficio sacerdotal, ruega por todos los hombres», de modo que, completando en sí mismo los frutos de la liturgia de la palabra, pueda hacer más adecuadamente el paso a la liturgia eucarística.

31 El celebrante dirige la oración universal desde la sede, mientras que las intenciones se anuncian desde el ambón.

La asamblea reunida, de pie, participa en la oración, diciendo o cantando la misma invocación después de cada petición, o bien orando en silencio.

2. Cosas que ayudan a una recta celebración de la liturgia de la palabra

a) LUGAR DE LA PROCLAMACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS.

32 En la nave de la iglesia ha de haber un lugar elevado, fijo, dotado de la adecuada disposición y nobleza, de modo que corresponda a la dignidad de la palabra de Dios y, al mismo tiempo, recuerde con claridad a los fieles que en la misa se les prepara la doble mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo, y que ayude, lo mejor posible, durante la liturgia de la palabra, a la audición y atención por parte de los fieles. Por esto, hay que atender, de conformidad con la estructura de cada iglesia, a la proporción y armonía entre el ambón y el altar.

33 Conviene que el ambón esté sobriamente adornado, de acuerdo con su estructura, de modo estable u ocasional, por lo menos en los días más solemnes.

Como que el ambón es el lugar en que los ministros anuncian la palabra de Dios, debe reservarse, por su misma naturaleza, a las lecturas, al salmo responsorial y al pregón pascual. En cuanto a la homilía y la oración de los fieles, pueden hacerse también en el ambón, por la íntima conexión de estas partes con toda la liturgia de la palabra. En cambio, no es aconsejable que suban al ambón otros, como, por ejemplo, el comentador, el cantor o el que dirige el canto.

34 Para que el ambón sirva adecuadamente para las celebraciones, debe tener la suficiente amplitud, ya que a veces debe situarse en él más de un ministro. Además, hay que procurar que los lectores tengan en el ambón la suficiente iluminación para la lectura del texto, y, si es necesario, puedan utilizarse los actuales instrumentos de orden técnico para que los fieles puedan oír cómodamente.

b) LOS LIBROS PARA LA PROCLAMACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS EN LAS CELEBRACIONES

35 Los libros que contienen las lecturas de la palabra de Dios, así como los ministros, las actitudes, los lugares y demás cosas, suscitan en los oyentes el recuerdo de la presencia de Dios que habla a su pueblo. Hay que procurar, pues, que también los libros, que son en la acción litúrgica signos y símbolos de las cosas celestiales, sean realmente dignos, decorosos y bellos.

36 Puesto que la proclamación del Evangelio es siempre el ápice de la liturgia de la palabra, la tradición litúrgica, tanto occidental como oriental, ha introducido desde siempre alguna distinción entre los libros de las lecturas. En efecto, el libro de los Evangelios era elaborado con el máximo interés, era adornado y gozaba de una veneración superior a la de los demás leccionarios. Es, por lo tanto, muy conveniente que también ahora, por lo menos en las catedrales y en las parroquias e iglesias más importantes y frecuentadas, se disponga de un evangeliario bellamente adornado, distinto de los otros leccionarios. Con razón, este libro es entregado al diácono en su ordenación, y en la ordenación episcopal es colocado y sostenido sobre la cabeza del elegido.

37 Finalmente, los leccionarios que se utilizan en la celebración, por la dignidad que exige la palabra de Dios, no deben ser substituidos por otros subsidios de orden pastoral, por ejemplo, las hojas que se hacen para que los fieles preparen las lecturas o para su meditación personal.

**CAPITULO III**

**OFICIOS Y MINISTERIOS EN LA CELEBRACIÓN DE LA LITURGIA DE LA PALABRA DENTRO DE LA MISA**

1. Funciones del presidente en la liturgia de la palabra.

38 El que preside la liturgia de la palabra, aunque escucha él también la palabra de Dios proclamada por los demás, continúa siendo siempre el primero al que se le ha confiado la función de anunciar la palabra de Dios, compartiendo con los fieles, sobre todo en la homilía, el alimento interior que contiene esta palabra. Si bien él debe cuidar, por sí mismo o por otros, que la palabra de Dios sea proclamada adecuadamente, con todo, a él le corresponde ordinariamente preparar algunas moniciones que ayuden a los fieles a escuchar con más atención y, sobre todo, hacer la homilía, para facilitarles una comprensión más fecunda de la palabra de Dios.

39 Es necesario que el que ha de presidir la celebración conozca perfectamente, él mejor que nadie, la estructura de la Ordenación de las lecturas, para que sepa hacerla provechosa en el corazón de los fieles, y que además, mediante la oración y el estudio, perciba claramente la coherencia y conexión entre los diversos textos de la liturgia de la palabra, a fin de que, a través de esta Ordenación de las lecturas, se comprenda adecuadamente el misterio de Cristo y su obra de salvación.

40 El que preside no ha de ser reacio en aprovechar las diversas posibilidades que le ofrece el Leccionario, en cuanto a las lecturas, respuestas, salmos responsoriales, aclamaciones para el Evangelio; pero debe hacerlo de común acuerdo con todos los interesados, oyendo también el parecer de los fieles en aquello que les atañe.

41 El presidente ejerce también su función propia y el ministerio de la palabra cuando hace la homilía. Con ella, en efecto, guía a sus hermanos hacia una sabrosa comprensión de la sagrada Escritura, abre el corazón de los fieles a la acción de gracias por las maravillas de Dios, alimenta la fe de los presentes en la palabra que, en la celebración, por obra del Espíritu Santo, se convierte en sacramento, los prepara para una provechosa comunión y los invita a asumir las exigencias de la vida cristiana.

42 Corresponde al presidente introducir, de vez en cuando, a los fieles mediante unas moniciones, en la liturgia de la palabra, antes de la proclamación de las lecturas. Estas moniciones podrán ser de gran ayuda para que la asamblea reunida escuche mejor la palabra de Dios, ya que promueven el hábito de la fe y de la buena voluntad. Esta función puede ejercerla por medio de otros, por ejemplo, del diácono o del comentador.

43 El presidente, dirigiendo la oración universal y, si es posible, conectando las lecturas de la celebración y la homilía con la oración, por medio de la monición inicial y de la conclusión, introduce a los fieles en la liturgia eucarística.

2. Oficio de los fieles en la liturgia de la palabra

44 Por la palabra de Cristo el pueblo de Dios se reúne, crece, se alimenta, «lo cual se aplica especialmente a la liturgia de la palabra en la celebración de la misa, en que el anuncio de la muerte y de la resurrección del Señor, y la respuesta del pueblo que escucha, se unen inseparablemente con la oblación misma con la que Cristo confirmó en su sangre la nueva Alianza, oblación a la que se unen los fieles con el deseo y con la recepción del sacramento». En efecto, «no sólo cuando se lee “lo que se escribió para enseñanza nuestra” (Rm 15, 4), sino también cuando la Iglesia ora, canta o actúa, la fe de los asistentes se alimenta, y sus almas se elevan hacia Dios, a fin de tributarle un culto racional y recibir su gracia con mayor abundancia».

45 En la liturgia de la palabra, por una audición acompañada de la fe, también hoy la congregación de los cristianos recibe de Dios la palabra de la alianza, y debe responder a esta palabra con la misma fe, para que se convierta cada día más en el pueblo de la nueva Alianza.

El pueblo de Dios tiene derecho a recibir abundantemente el tesoro espiritual de la palabra de Dios, lo cual se realiza al llevar a la práctica la Ordenación de las lecturas de la misa, y también a través de las homilías y de la acción pastoral.

Los fieles, en la celebración de la misa, han de escuchar la palabra de Dios con una veneración interior y exterior que los haga crecer continuamente en la vida espiritual y los introduzca cada vez más en el misterio que se celebra.

46 Para que puedan celebrar vivamente el memorial del Señor, los fieles han de tener la convicción de que hay una sola presencia de Cristo, presencia en la palabra de Dios, «pues cuando se lee en la Iglesia la sagrada Escritura es él quien habla», y presencia, «sobre todo, bajo las especies eucarísticas».

47 La palabra de Dios, para que sea acogida y traducida en la vida de los fieles, pide una fe viva, fe que va siendo actuada sin cesar por la audición de la palabra proclamada.

En efecto, la sagrada Escritura, sobre todo en la proclamación litúrgica, es fuente de vida y de fuerza, ya que el Apóstol atestigua que el Evangelio es fuerza de salvación para todo el que cree; por esto, el amor a las Escrituras es vigor y renovación para todo el pueblo de Dios. Conviene, por tanto, que todos los cristianos estén siempre dispuestos a escuchar con gozo la palabra de Dios. La palabra de Dios, cuando es anunciada por la Iglesia y llevada a la práctica, ilumina a los fieles, por la actuación del Espíritu, y los arrastra a vivir en su totalidad el misterio del Señor. La palabra de Dios, en efecto, recibida con fe, mueve todo el interior del hombre a la conversión y a una vida resplandeciente de fe, personal y comunitaria, ya que es el alimento de la vida cristiana y la fuente de toda la oración de la Iglesia.

48 La íntima relación entre liturgia de la palabra y liturgia eucarística en la celebración de la misa llevará a los fieles a estar presentes en la celebración desde el principio y a que participen atentamente, y, en lo posible, a una audición preparada con anterioridad, principalmente por medio de un más profundo conocimiento de la sagrada Escritura; además, suscitará en ellos el deseo de alcanzar una comprensión litúrgica de los textos que se leen y la voluntad de responder por medio del canto.

Así también, habiendo escuchado y meditado la palabra de Dios, los cristianos pueden darle una respuesta activa, llena de fe, de esperanza y de caridad, con la oración y con el ofrecimiento de sí mismos, no sólo durante la celebración, sino también en toda su vida cristiana.

3. Ministerios en la liturgia de la palabra

49 La tradición litúrgica asigna la función de leer las lecturas bíblicas en la celebración de la misa a los ministros: lectores y diácono. A falta de diácono o de otro sacerdote, el mismo sacerdote celebrante leerá el Evangelio y, si tampoco hay lector, todas las lecturas.

50 Corresponde al diácono, en la liturgia de la palabra de la misa, proclamar el Evangelio, hacer la homilía en algunos casos especiales y proponer al pueblo las intenciones de la oración universal.

51 «El lector tiene un ministerio propio en la celebración eucarística, ministerio que debe ejercer él, aunque haya otro ministro de grado superior». Al ministerio de lector conferido con el rito litúrgico hay que darle la debida importancia. Los lectores instituidos, si los hay, deben ejercer su función propia, por lo menos los domingos y días festivos, sobre todo en la celebración principal. También se les podrá confiar el encargo de ayudar en la organización de la liturgia de la palabra y de cuidar, si es necesario, la preparación de otros fieles que, por encargo temporal, han de leer las lecturas en la celebración de la misa.

52 La asamblea litúrgica necesita de lectores, aunque no estén instituidos para esta función. Hay que procurar, por tanto, que haya algunos laicos, los más idóneos, que estén preparados para ejercer este ministerio. Si se dispone de varios lectores y hay que leer varias lecturas, conviene distribuirlas entre ellos.

53 En las misas sin diácono, la función de proponer las intenciones de la oración universal hay que confiarla a un cantor, principalmente cuando estas intenciones son cantadas, a un lector o a otro.

54 El sacerdote distinto del celebrante, el diácono y el lector instituido en su propio ministerio, cuando suben al ambón para leer la palabra de Dios en la celebración de la misa con participación del pueblo, deben llevar la vestidura sagrada propia de su función. Los que ejercen el ministerio de lector de modo transitorio, e incluso habitualmente, pueden subir al ambón con la vestidura ordinaria, aunque respetando las costumbres de cada lugar.

55 «Para que los fieles lleguen a adquirir una estima suave y viva de la sagrada Escritura por la audición de las lecturas divinas, es necesario que los lectores que ejercen tal ministerio, aunque no hayan sido instituidos en él, sean de veras aptos y diligentemente preparados».

Esta preparación debe ser antes que nada espiritual, pero también es necesaria la preparación llamada técnica. La preparación espiritual presupone, por lo menos, una doble instrucción: bíblica y litúrgica. La instrucción bíblica debe apuntar a que los lectores estén capacitados para percibir el sentido de las lecturas en su propio contexto y para entender a la luz de la fe el núcleo central del mensaje revelado. La instrucción litúrgica debe facilitar a los lectores una cierta percepción del sentido y de la estructura de la liturgia de la palabra y las razones de la conexión entre la liturgia de la palabra y la liturgia eucarística. La preparación técnica debe hacer que los lectores sean cada día más aptos para el arte de leer ante el pueblo, ya sea de viva voz, ya sea con ayuda de los instrumentos modernos de amplificación de la voz.

56 Corresponde al salmista o cantor del salmo cantar, en forma responsorial o directa, el salmo u otro cántico bíblico, el gradual y el Aleluya u otro canto interleccional. Él mismo, si se juzga oportuno, puede incoar el Aleluya y el versículo.

Para ejercer esta función de salmista es muy conveniente que en cada comunidad eclesial haya unos laicos dotados del arte de salmodiar, y de facilidad en la pronunciación y en la dicción. Lo que hemos dicho anteriormente acerca de la formación de los lectores se aplica también a los cantores del salmo.

57 Igualmente, el comentador que, desde el lugar apropiado, propone a la asamblea de los fieles unas explicaciones y moniciones oportunas, claras, diáfanas por su sobriedad, cuidadosamente preparadas, normalmente escritas y aprobadas con anterioridad por el celebrante, ejerce un verdadero ministerio litúrgico.

**SEGUNDA PARTE**

**ESTRUCTURA DE LA ORDENACIÓN DE LAS LECTURAS DE LA MISA**

**CAPITULO IV**

**DISTRIBUCIÓN DE LAS LECTURAS DE LA MISA**

1. Finalidad pastoral de la Ordenación de las lecturas de la misa

58 La Ordenación de las lecturas, tal como se halla en el Leccionario del Misal romano, ha sido elaborada, según la mente del Concilio Vaticano II, con una finalidad principalmente pastoral. Para ello, no sólo los principios en los que se basa la nueva Ordenación, sino también todo el conjunto de textos de la misma, han sido revisados y pulidos una y otra vez, con la cooperación de muchas personas, de todo el mundo, versadas en materia exegética, litúrgica, catequética y pastoral. La Ordenación es el resultado de este trabajo en común.

Esperamos que una prolongada lectura y explanación de la sagrada Escritura, hecha al pueblo cristiano en la celebración eucarística, según esta Ordenación de lecturas, sea muy eficaz para alcanzar la finalidad expuesta una y otra vez por el Concilio Vaticano II.

59 En esta reforma, ha parecido conveniente confeccionar una sola Ordenación de lecturas, rica y abundante, lo más conforme con la voluntad y las normas del Concilio Vaticano II, pero que, al mismo tiempo, por su forma se acomodara a determinadas exigencias y costumbres de las Iglesias particulares y de las asambleas celebrantes. Por esta razón, los encargados de elaborar esta reforma se preocuparon de salvaguardar la tradición litúrgica del rito romano, sin detrimento de una gran estima por el valor de todas las formas de selección, distribución y uso de las lecturas bíblicas en las demás familias litúrgicas y en algunas Iglesias particulares, valiéndose de lo que ya había sido comprobado por experiencia y procurando, al mismo tiempo, evitar algunos defectos existentes en la tradición precedente.

60 Por tanto, la presente Ordenación de las lecturas de la misa es una disposición de lecturas bíblicas que suministra a los cristianos el conocimiento de toda la palabra de Dios, junto con la adecuada explicación. En todo el año litúrgico, pero sobre todo en los tiempos de Pascua, de Cuaresma y de Adviento, la selección y distribución de lecturas tiende a que, de modo gradual, los cristianos conozcan más profundamente la fe que profesan y la historia de la salvación. Por esto, la Ordenación de las lecturas responde a las necesidades y deseos del pueblo cristiano.

61 Aunque la acción litúrgica, de por sí, no es una forma determinada de catequesis, incluye, no obstante, un carácter didáctico, que se expresa también en el Leccionario del Misal romano, de manera que, con razón, puede ser considerado como un instrumento pedagógico para el fomento de la catequesis.

En efecto, la Ordenación de las lecturas de la misa ofrece adecuadamente, tomándolos de la sagrada Escritura, los hechos y palabras principales de la historia de la salvación, de modo que esta historia de la salvación, que la liturgia de la palabra va recordando paso a paso en sus diversos momentos y eventos, aparece ante los fieles como algo que tiene una continuidad actual al hacerse de nuevo presente el misterio pascual de Cristo, celebrado por la eucaristía.

62 Hay otras perspectivas desde las cuales se comprende también la conveniencia y utilidad pastoral de una sola Ordenación de lecturas del Leccionario de la misa en el rito romano: el hecho de que todos los fieles, principalmente aquellos que, por diversos motivos, no siempre participan en la misma asamblea, en cualquier parte, en determinados días y tiempos, escuchen las mismas lecturas y las mediten aplicadas a las circunstancias concretas, incluso en aquellos lugares en que, por carecer de sacerdote, un diácono u otra persona delegada por el obispo dirige la celebración de la palabra de Dios.

63 Los pastores que quieran dar una respuesta peculiar, tomada de la palabra de Dios, a las cuestiones de sus propias comunidades, sin olvidar que ellos han de ser, antes que nada, heraldos de la totalidad del misterio de Cristo y del Evangelio, pueden usar, según convenga, de las posibilidades que ofrece la misma Ordenación de las lecturas de la misa, sobre todo con ocasión de la celebración de alguna misa ritual, votiva, o en honor de los santos, o por diversas circunstancias. Teniendo en cuenta las normas generales, se conceden unas facultades particulares en cuanto a las lecturas de la palabra de Dios en las celebraciones de la misa para grupos particulares.

2. Principios observados en la elaboración de la Ordenación de las lecturas de la misa

64 Para alcanzar la finalidad propia de la Ordenación de las lecturas de la misa, la elección y distribución de los fragmentos se ha hecho teniendo en cuenta la sucesión de los tiempos litúrgicos y también los principios hermenéuticos que los estudios exegéticos de nuestro tiempo han permitido descubrir y definir.

Por esto, ha parecido conveniente exponer aquí los principios que se han observado en la confección de la Ordenación de las lecturas de la misa.

a) ELECCIÓN DE LOS TEXTOS

65 La sucesión de lecturas del Propio del tiempo se ha dispuesto de la siguiente manera: en los domingos y fiestas se proponen los textos más importantes, para que, en un congruo espacio de tiempo, puedan ser leídas ante la asamblea de los fieles las partes más relevantes de la palabra de Dios. La otra serie de textos de la sagrada Escritura, que en cierto modo completan el anuncio de salvación desarrollado en los días festivos, se asigna a las ferias. Sin embargo, ninguna de las dos series de estas partes principales de la Ordenación de las lecturas, esto es, la dominical festiva y la serie ferial, depende la una de la otra. Más aún, la Ordenación de las lecturas dominical y festiva se desarrolla en un trienio, mientras que la ferial lo hace en un bienio. Por esto, la Ordenación de las lecturas dominical y festiva procede con independencia de la ferial, y viceversa.

La sucesión de lecturas propuesta para las demás partes de la Ordenación de las lecturas, como son la serie de lecturas para las celebraciones de los santos, para las misas rituales o por diversas necesidades, o las votivas, o las misas de difuntos, se rige por normas propias.

b) ORDENACIÓN DE LAS LECTURAS PARA LOS DOMINGOS Y FIESTAS

66 Las características de la Ordenación de las lecturas para los domingos y fiestas son las siguientes:

1. Toda misa presenta tres lecturas: la primera, del Antiguo Testamento; la segunda, del Apóstol (esto es, de las epístolas o del Apocalipsis, según los diversos tiempos del año); la tercera, del Evangelio. Con esta distribución, se pone de relieve la unidad de ambos Testamentos y de la historia de la salvación, cuyo centro es Cristo contemplado en su misterio pascual.

2. El hecho de que, para los domingos y fiestas, se proponga un ciclo de tres años es causa también de una lectura más variada y abundante de la sagrada Escritura, ya que los mismos textos no volverán a leerse hasta después de tres años.

3. Los principios que regulan la Ordenación de las lecturas para los domingos y fiestas son los llamados de «composición armónica» o de «lectura semicontinua». Se emplea uno u otro principio según los diversos tiempos del año y las notas características de cada tiempo litúrgico.

67 La mejor composición armónica entre las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento tiene lugar cuando la misma Escritura la insinúa, es decir, en aquellos casos en que las enseñanzas y hechos expuestos en los textos del Nuevo Testamento tienen una relación más o menos explícita con las enseñanzas y hechos del Antiguo Testamento. En la presente Ordenación de las lecturas, los textos del Antiguo Testamento están seleccionados principalmente por su congruencia con los textos del Nuevo Testamento, en especial del Evangelio, que se leen en la misma misa.

En los tiempos de Adviento, Cuaresma y Pascua, es decir, en aquellos tiempos dotados de una importancia y unas características peculiares, la composición entre los textos de las lecturas de cada misa se basa en otros principios.

Por el contrario, en los domingos del Tiempo Ordinario, que no tienen una característica peculiar, los textos de la lectura apostólica y del Evangelio se distribuyen según el orden de la lectura semicontinua, mientras que la lectura del Antiguo Testamento se compone armónicamente con el Evangelio.

68 Lo que era conveniente para aquellos tiempos anteriormente citados no ha parecido oportuno aplicarlo también a los domingos, de modo que en ellos hubiera una cierta unidad temática que hiciera más fácil la instrucción homilética. El genuino concepto de la acción litúrgica se contradice, en efecto, con una semejante composición temática, ya que dicha acción litúrgica es siempre celebración del misterio de Cristo y, por tradición propia, usa la palabra de Dios movida no sólo por unas inquietudes de orden racional o externo, sino por la preocupación de anunciar el Evangelio y de llevar a los creyentes hacia la verdad plena.

c) ORDENACIÓN DE LAS LECTURAS PARA LAS FERIAS

69 La ordenación de lecturas para las ferias se ha hecho con estos criterios:

1. Toda misa presenta dos lecturas: la primera, del Antiguo Testamento o del Apóstol (esto es, de las epístolas o del Apocalipsis), y, en tiempo pascual, de los Hechos de los apóstoles; la segunda, del Evangelio.

2. El ciclo anual del tiempo de Cuaresma se ordena según unos principios peculiares que tienen en cuenta las características de este tiempo, a saber, su índole bautismal y penitencial.

3. También en las ferias de Adviento y de los tiempos de Navidad y de Pascua el ciclo es anual y, por tanto, las lecciones no varían.

4. En las ferias de las treinta y cuatro semanas del Tiempo Ordinario, las lecturas evangélicas se distribuyen en un solo ciclo que se repite cada año. En cambio, la primera lectura se distribuye en un doble ciclo que se lee en años alternos. El año primero se emplea en los años impares; el segundo, en los años pares.

De este modo, también en la Ordenación de las lecturas para las ferias, igual que en los domingos y fiestas, se ponen en práctica los principios de la composición armónica y de la lectura semicontinua, por los mismos motivos, principalmente cuando se trata de aquellos tiempos que ostentan unas características peculiares.

d) LAS LECTURAS PARA LAS CELEBRACIONES DE LOS SANTOS

70 Para las celebraciones de los santos se ofrece una doble serie de lecturas:

1. Una del Propio, para las solemnidades, fiestas y memorias, principalmente si para cada una de ellas se hallan textos propios. No obstante, se indica algún texto más adecuado, de los que se encuentran en el Común, de preferencia a los demás

2. Otra serie, por cierto más amplia, se halla en los Comunes de los santos. En esta parte, primero se proponen los textos más propios para las diversas categorías de santos (mártires, pastores, vírgenes, etc.), luego una cantidad de textos que tratan de la santidad en general, y que pueden emplearse a discreción siempre que se remita a los Comunes para la elección de las lecturas

71 Por lo que se refiere al orden en que están puestos los textos en esta parte, ayudará saber que se encuentran todos juntos, según el orden en que han de leerse. Así, se hallan primero los textos del Antiguo Testamento, luego los textos del Apóstol, después los salmos y versículos interleccionales y, finalmente, los textos del Evangelio. Están colocados de esta manera para que el celebrante los elija a voluntad, teniendo en cuenta las necesidades pastorales de la asamblea que participa en la celebración, a no ser que expresamente se indique lo contrario.

e) LAS LECTURAS PARA LAS MISAS RITUALES, POR DIVERSAS NECESIDADES, VOTIVAS Y DE DIFUNTOS

72 En este mismo orden están colocados los textos de las lecturas para las misas rituales, por diversas necesidades, votivas y de difuntos: se ofrecen varios textos juntos, como en los Comunes de los santos.

f) PRINCIPALES CRITERIOS APLICADOS EN LA SELECCIÓN Y ORDENACIÓN DE LAS LECTURAS

73 Además de estos principios, que regulan la distribución de las lecturas en cada parte de la Ordenación de las lecturas, hay otros de carácter más general, que pueden enunciarse del siguiente modo:

1) Reservación de algunos libros según los tiempos litúrgicos

74 Por la importancia intrínseca de la cosa en sí misma y por tradición litúrgica, en la presente Ordenación algunos libros de la sagrada Escritura se reservan para determinados tiempos litúrgicos. Por ejemplo, se respeta la tradición, tanto occidental (ambrosiana e hispánica) como oriental, de leer los Hechos de los apóstoles en tiempo pascual, ya que este libro sirve en gran manera para hacer ver cómo toda la vida de la Iglesia encuentra sus orígenes en el misterio pascual. Se conserva asimismo la tradición, tanto occidental como oriental, de leer el Evangelio de san Juan en las últimas semanas de Cuaresma y en el tiempo pascual.

La lectura de Isaías, principalmente de la primera parte, se asigna, por tradición, al tiempo de Adviento. No obstante, algunos textos de este libro se leen en el tiempo de Navidad. Al tiempo de Navidad se asigna también la primera carta de san Juan.

2) Extensión de los textos

75 Respecto a la extensión de los textos, se guarda un término medio. Se ha hecho una distinción entre las narraciones, que demandan una cierta longitud del texto, y que generalmente los fieles escuchan con atención, y aquellos textos que, por la profundidad de su contenido, no pueden ser muy extensos.

Para algunos textos más largos, se prevé una doble forma, la larga y la breve, según convenga. Estas abreviaciones se han hecho con gran cuidado.

3) Los textos más difíciles

76 Por motivos pastorales, en los domingos y solemnidades, se evitan los textos bíblicos realmente difíciles, ya objetivamente, porque suscitan arduos problemas de índole literaria, crítica o exegética, ya también, por lo menos hasta cierto punto, porque son textos que los fieles difícilmente podrían entender. Con todo, era inadmisible substraer a los fieles las riquezas espirituales de algunos textos por la sola razón de que les eran difíciles de entender, cuando esta dificultad deriva de una insuficiente formación cristiana, de la que ningún fiel debe carecer, o de una insuficiente formación bíblica, que ha de tener en abundancia todo pastor de almas. Algunas veces, una lectura difícil se vuelve fácil por su armonía con otra lectura de la misma misa.

4) Omisión de algunos versículos

77 La tradición de muchas liturgias, sin excluir la misma liturgia romana, acostumbra a omitir a veces algunos versículos de las lecturas de la Escritura. Hay que admitir, ciertamente, que estas omisiones no se pueden hacer a la ligera, no sea que queden mutilados el sentido del texto o su espíritu y el, diríamos, estilo propio de la Escritura. Con todo, salvando siempre la integridad del sentido en lo esencial, ha parecido conveniente, por motivos pastorales, conservar también en esta Ordenación la antedicha tradición. De lo contrario, algunos textos se alargarían excesivamente, o habría que omitir del todo algunas lecturas de no poca, más aún, de mucha utilidad a veces para los fieles, porque contienen algunos pocos versículos que, desde el punto de vista pastoral, son menos provechosos o incluyen algunas cuestiones realmente demasiado difíciles.

3. Principios que hay que aplicar en el uso de la Ordenación de las lecturas

a) FACULTAD DE ELEGIR ALGUNOS TEXTOS

78 En la Ordenación de las lecturas se concede, a veces, al celebrante la facultad de elegir la lectura de uno u otro texto, o de elegir un texto entre los diversos propuestos a la vez para la misma lectura. Esto raramente sucede en los domingos, solemnidades y fiestas, para que no quede diluida la índole propia de algún tiempo litúrgico, o no se interrumpa indebidamente la lectura semicontinua de algún libro; por el contrario, esta facultad se da con más facilidad en las, celebraciones de los santos y en las misas rituales, por diversas necesidades, votivas y de difuntos.

Estas facultades, junto con otras indicadas en la Ordenación general del Misal romano y en el Ordo cantus Missae, tienen una finalidad pastoral. El sacerdote, por tanto, al organizar la liturgia de la palabra, «mirará más al bien espiritual común de la asamblea que a sus personales preferencias. Tenga además presente que una elección de este tipo estará bien hacerla de común acuerdo con los que ofician con él y con los demás que habrán de tomar parte en la celebración, sin excluir a los mismos fieles en la parte que a ellos más directamente corresponde».

1) Acerca de las dos lecturas antes del Evangelio

79 En las misas en que se proponen tres lecturas hay que hacer efectivamente tres lecturas. No obstante, si la Conferencia episcopal, por motivos pastorales, permite que en alguna parte se hagan sólo dos lecturas, la elección entre las dos primeras ha de hacerse de modo que no se desvirtúe el proyecto de instruir plenamente a los fieles sobre el misterio de salvación. Por lo cual, si no se indica en algún caso lo contrario, entre las dos primeras lecturas se ha de preferir aquella que esté más directamente relacionada con el Evangelio, o aquella que, según el proyecto antes mencionado, sea de más ayuda para hacer durante algún tiempo una catequesis orgánica, o aquella que facilite la lectura semicontinua de algún libro.

2) Acerca de la forma larga o breve

80 Al elegir entre las dos formas en que se presenta un mismo texto, hay que guiarse también por un criterio pastoral. Se da, en efecto, algunas veces, una forma larga y otra breve del mismo texto. En este caso, conviene tener en cuenta la posibilidad de los fieles de escuchar con provecho la lectura más o menos extensa, como también su posibilidad de oír el texto más completo, que será explicado después en la homilía.

3) Acerca de un doble texto propuesto

81 Cuando se concede la facultad de elegir entre uno u otro texto ya definido, o propuesto a voluntad, habrá que atender a la utilidad de los que participan, esto es, según se trate de emplear un texto que es más fácil o más conveniente para la asamblea reunida, o de un texto que hay que repetir o reponer, que se asigna como propio a alguna celebración y se deja a voluntad para otra, siempre que la utilidad pastoral lo aconseje.

Esto puede suceder cuando se teme que el texto origine algunas dificultades en una asamblea concreta, o cuando el mismo texto debe leerse de nuevo en días próximos: en domingo y en la feria que le sigue inmediatamente.

4) Acerca de las lecturas feriales

82 En la ordenación de las lecturas feriales, se proponen unos textos para cada día de cada semana, durante todo el año; por lo tanto, como norma general, se emplearán estas lecturas en los días que tienen asignados, a no ser que coincida una solemnidad o una fiesta, o una memoria que tenga lecturas propias.

En la Ordenación de las lecturas para las ferias, hay que advertir si, durante aquella semana, por razón de alguna celebración que en ella coincida, se tendrá que omitir alguna o algunas lecturas del mismo libro. Si se da este caso, el sacerdote, teniendo a la vista la ordenación de lecturas de toda la semana, ha de prever qué partes omitirá, por ser de menor importancia, o la manera más conveniente de unir estas partes a las demás, cuando son útiles para una visión de conjunto del argumento que tratan.

5) Acerca de las celebraciones de los santos

83 Para las celebraciones de los santos, se proponen, cuando las hay, lecturas propias, esto es, que tratan de la misma persona del santo o del misterio que celebra la misa. Estas lecturas, aunque se trate de una memoria, deben decirse en lugar de las lecturas correspondientes a la feria. Cuando se da este caso en una memoria, la Ordenación lo indica expresamente en su lugar.

A veces, se da el caso de lecturas apropiadas, es decir, que ponen de relieve algún aspecto peculiar de la vida espiritual o de la actividad del santo. En dicho caso, no parece que haya que urgir el uso de estas lecturas, a no ser que un motivo pastoral lo aconseje realmente. Generalmente, se indican las lecturas que hay en los Comunes, para facilitar la elección. Se trata sólo de sugerencias: en vez de la lectura apropiada o simplemente propuesta, puede escogerse cualquier otra de los Comunes indicados.

El sacerdote que celebra con participación del pueblo atenderá, en primer lugar, al bien espiritual de los fieles y se guardará de imponerles sus preferencias. Procurará, de modo especial, no omitir con frecuencia y sin motivo suficiente las lecturas asignadas para cada día en el Leccionario ferial, ya que es deseo de la Iglesia que los fieles dispongan de una mesa de la palabra de Dios ricamente servida.

Hay también lecturas comunes, es decir, las que figuran en los Comunes para una determinada categoría de santos (por ejemplo: mártires, vírgenes, pastores,...) o para los santos en general. Como que, en estos casos, se proponen varios textos para una misma lectura, corresponde al celebrante escoger el que más convenga a los oyentes.

En todas las celebraciones, además de los Comunes a los que se remite en cada caso, siempre que lo aconseje algún motivo especial, las lecturas pueden escogerse del Común de santos y santas.

84 En las celebraciones de los santos, hay que tener en cuenta, además, lo siguiente:

a) En las solemnidades y fiestas, siempre hay que emplear las lecturas que pone el Propio o el Común; en las celebraciones del calendario general, se asignan siempre lecturas propias.

b) En las solemnidades de los calendarios particulares, deben ponerse tres lecturas: la primera, del Antiguo Testamento (en tiempo pascual, de los Hechos de los apóstoles o del Apocalipsis); la segunda, del Apóstol y, la tercera, del Evangelio, a no ser que la Conferencia episcopal haya determinado que ha de haber sólo dos lecturas.

c) En las fiestas y memorias, en las que sólo hay dos lecturas, la primera puede escogerse del Antiguo Testamento o del Apóstol, y, la segunda, del Evangelio. Sin embargo, en tiempo pascual, según la costumbre tradicional de la Iglesia, la primera lectura ha de ser del Apóstol, la segunda, en lo posible, del Evangelio de san Juan.

6) Acerca de las demás partes de la Ordenación de las lecturas

85 En la Ordenación de las lecturas para las misas rituales, se indican los mismos textos que han sido ya promulgados en los respectivos Rituales, exceptuando, como es natural, los textos pertinentes a aquellas celebraciones que no se pueden juntar con la misa.

86 La Ordenación de las lecturas por diversas necesidades, votivas y de difuntos presenta diversidad de textos que pueden prestar una valiosa ayuda para adaptar aquellas celebraciones a las características, a las circunstancias y a los problemas de las diversas asambleas que en ellas participan.

87 En las misas rituales, por diversas necesidades, votivas y de difuntos, cuando se proponen varios textos para la misma lectura, la elección se hace con los mismos criterios anteriormente descritos para elegir las lecturas del Común de los santos.

88 Cuando alguna misa ritual está prohibida y, según las normas indicadas en cada rito, se permite tomar una lectura de las propuestas para las misas rituales, se debe atender al bien común espiritual de los que participan.

b) EL SALMO RESPONSORIAL Y LA ACLAMACIÓN ANTES DE LA LECTURA DEL EVANGELIO

89 Entre estos cantos tiene una importancia especial el salmo que sigue a la primera lectura. Como norma, se tomará el salmo asignado a la lectura, a no ser que se trate de lecturas del Común de los santos, de las misas rituales, por diversas necesidades, votivas o de difuntos, ya que, en estos casos, la elección corresponde al sacerdote celebrante, que obrará en esto según pida la utilidad pastoral de los asistentes.

Sin embargo, para que el pueblo pueda más fácilmente decir la respuesta salmódica, la Ordenación de las lecturas señala algunos textos de salmos y de respuestas seleccionados para los diversos tiempos del año o para las diversas categorías de santos, los cuales podrán emplearse en vez del texto que corresponde a la lectura, siempre que el salmo sea cantado.

90 El otro canto, que se ejecuta después de la segunda lectura, antes del Evangelio, o bien se determina en cada misa y está relacionado con el Evangelio, o bien se deja a la libre elección entre la serie común de cada tiempo litúrgico o del Común.

91 En el tiempo de Cuaresma, puede emplearse alguna de las aclamaciones propuestas en sus lugares propios, y se dice antes y después del versículo antes del Evangelio.

**CAPITULO V.**

**DESCRIPCIÓN DE LA ORDENACIÓN DE LAS LECTURAS**

92 Para ayudar a los pastores de almas a que conozcan la estructura de la Ordenación de las lecturas, a fin de que la usen de una manera viva y con provecho de los fieles, parece oportuno dar una breve descripción de la Ordenación de las lecturas, por lo menos en lo que se refiere a las principales celebraciones y a los diversos tiempos del año litúrgico, en atención a los cuales se han escogido las lecturas según las normas antes indicadas.

1. Tiempo de Adviento

a) DOMINGOS

93 Las lecturas del Evangelio tienen una característica propia: se refieren a la venida del Señor al final de los tiempos (primer domingo), a Juan Bautista (segundo y tercer domingos), a los acontecimientos que prepararon de cerca el nacimiento del Señor (cuarto domingo).

Las lecturas del Antiguo Testamento son profecías sobre el Mesías y el tiempo mesiánico, tomadas principalmente del libro de Isaías.

Las lecturas del Apóstol contienen exhortaciones y amonestaciones conformes a las diversas características de este tiempo.

b) FERIAS

94 Hay dos series de lecturas, una desde el principio hasta el día 16 de diciembre, y la otra desde el día 17 al 24.

En la primera parte del Adviento, se lee el libro de Isaías, siguiendo el mismo orden del libro, sin excluir aquellos fragmentos más importantes que se leen también en los domingos. Los Evangelios de estos días están relacionados con la primera lectura.

Desde el jueves de la segunda semana, comienzan las lecturas del Evangelio sobre Juan Bautista; la primera es o bien una continuación del libro de Isaías, o bien un texto relacionado con el Evangelio.

En la última semana antes de Navidad, se leen los acontecimientos que prepararon de inmediato el nacimiento del Señor, tomados del Evangelio de san Mateo (cap. 1) y de san Lucas (cap. 1). En la primera lectura se han seleccionado algunos textos de diversos libros del Antiguo Testamento, teniendo en cuenta el Evangelio del día, entre los que se encuentran algunos vaticinios mesiánicos de gran importancia.

2. Tiempo de Navidad

a) SOLEMNIDADES, FIESTAS Y DOMINGOS

95 En la vigilia y en las tres misas de Navidad, las lecturas, tanto las proféticas como las demás, se han tomado de la tradición romana.

El domingo dentro de la Octava de Navidad, fiesta de la Sagrada Familia, el Evangelio es de la infancia de Jesús, las demás lecturas hablan de las virtudes de la vida doméstica.

En la Octava de Navidad y solemnidad de santa María, Madre de Dios, las lecturas tratan de la Virgen, Madre de Dios, y de la imposición del santísimo nombre de Jesús.

El segundo domingo después de Navidad, las lecturas tratan del misterio de la Encarnación.

En la Epifanía del Señor, la lectura del Antiguo Testamento y el Evangelio conservan la tradición romana; en la lectura apostólica se lee un texto relativo a la vocación de los paganos a la salvación.

En la fiesta del Bautismo del Señor, los textos se refieren a este misterio.

b) FERIAS

96 Desde el día 29 de diciembre, se hace una lectura continua de toda la primera carta de san Juan, que ya se empezó a leer el día 27 de diciembre, fiesta del mismo san Juan, y en el día siguiente, fiesta de los Santos Inocentes. Los Evangelios se refieren a las manifestaciones del Señor. En efecto, se leen los acontecimientos de la infancia de Jesús, tomados del Evangelio de san Lucas (días 29 y 30 de diciembre), el primer capítulo del Evangelio de san Juan (31 de diciembre al 5 de enero), y las principales manifestaciones del Señor, tomadas de los cuatro Evangelios (7 al 12 de enero).

3. Tiempo de Cuaresma

a) DOMINGOS

97 Las lecturas del Evangelio están distribuidas de la siguiente manera:

En los domingos primero y segundo, se conservan las narraciones de las tentaciones y de la transfiguración del Señor, aunque leídas según los tres sinópticos.

En los tres domingos siguientes, se han recuperado, para el año A, los Evangelios de la samaritana, del ciego de nacimiento y de la resurrección de Lázaro; estos Evangelios, por ser de gran importancia en relación con la iniciación cristiana, pueden leerse también en los años B y C, sobre todo cuando hay catecúmenos.

Sin embargo, en los años B y C hay también otros textos, a saber: en el año B, unos textos de san Juan sobre la futura glorificación de Cristo por su cruz y resurrección; en el año C, unos textos de san Lucas sobre la conversión.

El domingo de Ramos en la Pasión del Señor: para la procesión, se han escogido los textos que se refieren a la solemne entrada del Señor en Jerusalén, tomados de los tres Evangelios sinópticos; en la misa, se lee el relato de la pasión del Señor.

Las lecturas del Antiguo Testamento se refieren a la historia de la salvación, que es uno de los temas propios de la catequesis cuaresmal. Cada año hay una serie de textos que presentan los principales elementos de esta historia, desde el principio hasta la promesa de la nueva alianza.

Las lecturas del Apóstol se han escogido de manera que tengan relación con las lecturas del Evangelio y del Antiguo Testamento y haya, en lo posible, una adecuada conexión entre las mismas.

b) FERIAS

98 Las lecturas del Evangelio y del Antiguo Testamento se han escogido de manera que tengan una mutua relación, y tratan diversos temas propios de la catequesis cuaresmal, acomodados al significado espiritual de este tiempo. Desde el lunes de la cuarta semana, se ofrece una lectura semicontinua del Evangelio de san Juan, en la cual tienen cabida aquellos textos de este Evangelio que mejor responden a las características de la Cuaresma.

Dado que las lecturas de la samaritana, del ciego de nacimiento y de la resurrección de Lázaro ahora se leen los domingos, pero sólo el año A (y los otros años sólo a voluntad), se ha previsto que puedan leerse también en las ferias: por ello, al comienzo de las semanas tercera, cuarta y quinta se han añadido unas «Misas de libre elección» que contienen estos textos; estas misas pueden emplearse en cualquier feria de la semana correspondiente, en lugar de las lecturas del día.

Los primeros días de la Semana santa, las lecturas consideran el misterio de la pasión. En la misa crismal, las lecturas ponen de relieve la función mesiánica de Cristo y su continuación en la Iglesia por medio de los sacramentos.

4. Triduo sagrado y tiempo pascual

a) SAGRADO TRIDUO PASCUAL ´

99 El Jueves santo, en la misa vespertina, el recuerdo del banquete que precedió al éxodo ilumina, de un modo especial, el ejemplo de Cristo lavando los pies de los discípulos y las palabras de Pablo sobre la institución de la Pascua cristiana en la Eucaristía.

La acción litúrgica del Viernes santo llega a su momento culminante en el relato según san Juan de la pasión de aquel que, como el Siervo del Señor anunciado en el libro de Isaías, se ha convertido realmente en el único sacerdote al ofrecerse a sí mismo al Padre.

En la Vigilia pascual de la noche santa, se proponen siete lecturas del Antiguo Testamento, que recuerdan las maravillas de Dios en la historia de la salvación, y dos lecturas del Nuevo, a saber, el anuncio de la resurrección según los tres Evangelios sinópticos, y la lectura apostólica sobre el bautismo cristiano como sacramento de la resurrección de Cristo.

Para la misa del día de Pascua, se propone la lectura del Evangelio de san Juan sobre el hallazgo del sepulcro vacío. También pueden leerse, si se prefiere, los textos de los Evangelios propuestos para la noche santa, o, cuando hay misa vespertina, la narración de Lucas sobre la aparición a los discípulos que iban de camino hacia Emaús. La primera lectura se toma de los Hechos de los apóstoles, que se leen durante el tiempo pascual en vez de la lectura del Antiguo Testamento. La lectura del Apóstol se refiere al misterio de Pascua vivido en la Iglesia.

b) DOMINGOS

100 Hasta el domingo tercero de Pascua, las lecturas del Evangelio relatan las apariciones de Cristo resucitado. Las lecturas del buen Pastor están asignadas al cuarto domingo de Pascua. En los domingos quinto, sexto y séptimo de Pascua se leen pasajes escogidos del discurso y de la oración del Señor después de la última cena.

La primera lectura se toma de los Hechos de los apóstoles, en el ciclo de los tres años, de modo paralelo y progresivo; de este modo, cada año se ofrecen algunas perspectivas de la vida, testimonio y progreso de la Iglesia primitiva. Para la lectura apostólica, el año A se lee la primera carta de san Pedro, el año B la primera carta de san Juan, el año C el Apocalipsis; estos textos están muy de acuerdo con el espíritu de una alegre fe y una firme esperanza, propio de este tiempo.

c) FERIAS

101 La primera lectura se toma de los Hechos de los apóstoles, como los domingos, de modo semicontinuo. En el Evangelio, dentro de la Octava de Pascua, se leen los relatos de las apariciones del Señor. Después, se hace una lectura semicontinua del Evangelio de san Juan, del cual se toman ahora los textos de índole más bien pascual, para completar así la lectura ya empezada en el tiempo de Cuaresma. En esta lectura pascual, ocupan una gran parte el discurso y la oración del Señor después de la cena.

d) SOLEMNIDADES DE LA ASCENSIÓN Y DE PENTECOSTÉ

102 La solemnidad de la Ascensión conserva como primera lectura la narración de este suceso según los Hechos de los apóstoles, y este texto es completado por las lecturas apostólicas acerca de Cristo ensalzado a la derecha del Padre. En la lectura del Evangelio, cada ciclo presenta el texto propio según las variantes de cada evangelista.

En la misa que se celebra por la tarde la vigilia de Pentecostés, se ofrecen cuatro textos del Antiguo Testamento, para que se elija a voluntad uno de ellos, que ilustran el múltiple significado de la solemnidad. La lectura apostólica muestra cómo el Espíritu realiza su función en la Iglesia. Finalmente, la lectura evangélica recuerda la promesa del Espíritu hecha por Cristo cuando aún no había sido glorificado.

En la misa del día, se toma como primera lectura la acostumbrada narración que nos hacen los Hechos de los apóstoles del gran acontecimiento de Pentecostés, mientras que los textos del Apóstol ponen de manifiesto los efectos de la actuación del Espíritu en la vida de la Iglesia. La lectura evangélica trae a la memoria cómo Jesús, en la tarde del día de Pascua, hace a los discípulos partícipes del Espíritu, mientras que los demás textos de libre elección tratan de la acción del Espíritu en los discípulos y en la Iglesia.

5. Tiempo Ordinario

a) ORDENACIÓN Y SELECCIÓN DE LOS TEXTOS

103 El Tiempo Ordinario comienza el lunes que sigue al domingo que cae después del día 6 de enero y dura hasta el martes antes de Cuaresma, inclusive; vuelve a empezar el lunes después del domingo de Pentecostés y termina antes de las primeras Vísperas del primer domingo de Adviento.

La Ordenación de las lecturas contiene lecturas para los 34 domingos y las semanas que les siguen. A veces, sin embargo, las semanas del Tiempo Ordinario son sólo 33. Además, algunos domingos o bien pertenecen a otro tiempo litúrgico (el domingo en que se celebra el bautismo del Señor y el domingo de Pentecostés) o bien quedan impedidos por una solemnidad que en ellos coincide (por ejemplo, la Santísima Trinidad, Jesucristo, Rey del universo).

104 Para ordenar rectamente el uso de las lecturas establecidas para el Tiempo Ordinario, deben observarse las normas siguientes:

1) El domingo en que se celebra la fiesta del Bautismo del Señor ocupa el lugar del domingo I del Tiempo Ordinario; por lo tanto, las lecturas de la semana I empiezan el lunes posterior al domingo que cae después del día 6 de enero. Si la fiesta del Bautismo del Señor se celebra el lunes después del domingo en que se ha celebrado la Epifanía, las lecturas de la semana I empiezan el martes.

2) El domingo que sigue a la fiesta del Bautismo del Señor es el segundo del Tiempo Ordinario. Los demás se numeran en orden sucesivo, hasta el domingo que precede al comienzo de la Cuaresma. Las lecturas de la semana en que cae el miércoles de Ceniza se interrumpen después del día que precede a este miércoles.

3) Al reanudar las lecturas del Tiempo Ordinario después del domingo de Pentecostés, se ha de tener en cuenta lo siguiente:

- Si los domingos del Tiempo Ordinario son 34, se toma aquella semana que sigue inmediatamente a la semana cuyas lecturas se han utilizado en último lugar antes de la Cuaresma.

- Si los domingos del Tiempo Ordinario son 33, se omite la primera semana que habría que tomar después de Pentecostés, para conservar así al final del año litúrgico los textos escatológicos asignados a las dos últimas semanas.

b) LECTURAS PARA LOS DOMINGOS

1) Lecturas del Evangelio

105 El domingo II del Tiempo Ordinario se refiere aún a la manifestación del Señor, celebrada en la solemnidad de la Epifanía, por el fragmento tradicional de las bodas de Caná y otros dos, tomados asimismo del Evangelio de san Juan.

A partir del domingo III, empieza la lectura semicontinua de los tres Evangelios sinópticos; esta lectura se ordena de manera que presente la doctrina propia de cada Evangelio a medida que se va desarrollando la vida y predicación del Señor.

Además, gracias a esta distribución, se consigue una cierta armonía entre el sentido de cada Evangelio y la evolución del año litúrgico. En efecto, después de la Epifanía se leen los comienzos de la predicación del Señor, que guardan una estrecha relación con el Bautismo y las primeras manifestaciones de Cristo. Al final del año litúrgico, se llega espontáneamente al tema escatológico, propio de los últimos domingos, ya que los capítulos del Evangelio que preceden al relato de la pasión tratan este tema, con más o menos amplitud.

En el año B se intercalan, después del domingo XVI, cinco lecturas del capítulo 6 del Evangelio de san Juan (el «discurso sobre el pan de vida»); esta intercalación se hace de modo connatural, ya que la multiplicación de los panes del Evangelio de san Juan substituye a la misma narración según san Marcos. En la lectura semicontinua de san Lucas del año C se antepone al primer texto (esto es, al domingo III) el prólogo del Evangelio, en el que se explica bellamente la intención del autor, y al que no se le encontraba en otro lugar sitio adecuado.

2) Lecturas del Antiguo Testamento

106 Estas lecturas se han seleccionado en relación con los fragmentos evangélicos, con el fin de evitar una excesiva diversidad entre las lecturas de cada misa y, sobre todo, para poner de manifiesto la unidad de ambos Testamentos. La relación entre las lecturas de la misa se hace ostensible a través de la cuidadosa selección de los títulos que se hallan al principio de cada lectura.

Al seleccionar las lecturas, se ha procurado que, en lo posible, fueran breves y fáciles. Pero también se ha previsto que en los domingos se lea el mayor número posible de los textos más importantes del Antiguo Testamento. Estos textos se han distribuido sin un orden lógico, atendiendo solamente a su relación con el Evangelio; sin embargo, el tesoro de la palabra de Dios quedará de tal manera abierto, que todos los que participan en la misa dominical conocerán casi todos los pasajes más importantes del Antiguo Testamento.

3) Lecturas del Apóstol

107 Para esta segunda lectura se propone una lectura semicontinua de las cartas de san Pablo y de Santiago (las cartas de san Pedro y de san Juan se leen en el tiempo pascual y en el tiempo de Navidad).

La primera Carta a los Corintios, dado que es muy larga y trata de temas diversos, se ha distribuido en los tres años del ciclo, al principio de este Tiempo Ordinario. También ha parecido oportuno dividir la carta a los Hebreos en dos partes, la primera de las cuales se lee el año B, y la otra el año C.

Conviene advertir que se han escogido sólo unas lecturas bastante breves y no demasiado difíciles para la comprensión de los fieles.

La tabla II, que se halla en sus lugares propios, indica la distribución de las cartas en los domingos del Tiempo Ordinario para los tres años del ciclo.

c) LECTURAS PARA LAS SOLEMNIDADES DEL SEÑOR EN EL TIEMPO ORDINARIO

108 Para las solemnidades de la Santísima Trinidad, del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo y del Sagrado Corazón de Jesús se han elegido unos textos que responden a las principales características de estas celebraciones.

Las lecturas del domingo XXXIV y último celebran a Jesucristo, Rey del universo, esbozado en la figura de David, proclamado en medio de las humillaciones de la pasión y de la cruz, reinante en la Iglesia, y que ha de volver al final de los tiempos.

d) LECTURAS PARA LAS FERIAS

1) Los Evangelios

109 Se ordenan de manera que en primer lugar se lee el Evangelio de san Marcos (semanas I-IX), luego el de san Mateo (semanas X-XXI), finalmente el de san Lucas (semanas XXII-XXXIV). Los capítulos 1-12 de san Marcos se leen íntegramente, exceptuando tan sólo dos fragmentos del capítulo 6 que se leen en las ferias de otros tiempos. De san Mateo y de san Lucas se lee todo aquello que no se encuentra en san Marcos. Aquellos fragmentos que en cada Evangelio tienen una índole totalmente propia o que son necesarios para entender adecuadamente la continuidad del Evangelio se leen dos e incluso tres veces. El discurso escatológico se lee íntegramente en san Lucas, y de este modo coincide esta lectura con el final del año litúrgico.

2) La primera lectura

110 En la primera lectura se van alternando los dos Testamentos, varias semanas cada uno, según la extensión de los libros que se leen.

De los libros del Nuevo Testamento se lee una parte bastante notable, procurando dar una visión substancial de cada una de las cartas.

En cuanto al Antiguo Testamento, no era posible ofrecer más que aquellos trozos escogidos que, en lo posible, dieran a conocer la índole propia de cada libro. Los textos históricos han sido seleccionados de manera que den una visión de conjunto de la historia de la salvación antes de la Encamación del Señor. Los relatos demasiado extensos era prácticamente imposible ponerlos: en algunos casos se han seleccionado algunos versículos, con el fin de abreviar la lectura. Además, algunas veces se ilumina el significado religioso de los hechos históricos por medio de algunos textos tomados de los libros sapienciales, que se añaden, a modo de proemio o de conclusión, a una determinada serie histórica.

En la Ordenación de las lecturas para las ferias del Propio del tiempo tienen cabida casi todos los libros del Antiguo Testamento. Únicamente se han omitido algunos libros proféticos muy breves (Abdías, Sofonías) y un libro poético (el Cantar de los cantares). Entre aquellas narraciones escritas con una finalidad ejemplar, que requieren una lectura bastante extensa para que se entiendan, se leen los libros de Tobit y de Rut, omitiendo los demás (Ester, Judit). De estos libros, no obstante, se hallan algunos textos en los domingos y en las ferias de otros tiempos.

La tabla III, que figura más adelante, indica la distribución en dos años de los libros de ambos Testamentos en las ferias del Tiempo Ordinario.

Al final del año litúrgico, se leen los libros que están en consonancia con la índole escatológica de este tiempo, a saber, Daniel y el Apocalipsis.

**CAPÍTLO VI**

**ADAPTACIONES, TRADUCCIONES A LA LENGUA VERNÁCULA E INDICACIONES DE LA ORDENACIÓN DE LAS LECTURAS**

1. Adaptaciones y traducciones

111 En la asamblea litúrgica, la palabra de Dios debe proclamarse siempre o con los textos latinos preparados por la Santa Sede o con las traducciones en lengua vernácula aprobadas para el uso litúrgico por las Conferencias episcopales, según las normas vigentes.

112 El Leccionario de la misa ha de ser traducido íntegramente, sin exceptuar los Prenotandos, en todas sus partes. Si la Conferencia episcopal considera necesario y oportuno introducir algunas acomodaciones, éstas deben obtener antes la confirmación de la Santa Sede.

113 Debido a la mole del Leccionario, las ediciones del mismo constarán necesariamente de varios volúmenes, acerca de los cuales no se prescribe ningún género de división. Cada volumen deberá incluir los textos en los que se explica la estructura y finalidad de la parte correspondiente.

Se recomienda la antigua costumbre de editar por separado el libro de los Evangelios y el de las demás lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Pero, si se juzga conveniente, puede editarse por separado el Leccionario dominical en el que podrá incluirse una selección del Santoral y el Leccionario ferial. El dominical podrá dividirse acertadamente según el ciclo de los tres años, de modo que cada año se tenga todo seguido.

Si se encuentra alguna Otra distribución que parezca más apta para el uso pastoral, hay libertad para ponerla en práctica.

114 Junto con las lecturas, deben ponerse siempre los textos de los cantos; pero está permitido hacer unos libros que contengan sólo los cantos por separado. Se recomienda que el texto se imprima dividido en estrofas.

115 Siempre que la lectura conste de partes diversas, esta estructura del texto deberá manifestarse claramente en la disposición tipográfica. También se recomienda que los textos, incluso los no poéticos, se impriman en forma de verso, para facilitar la proclamación de las lecturas.

116 Cuando la misma lectura presenta la forma larga y breve, conviene ponerlas por separado, para que pueda con facilidad leerse una u otra; pero, si esta separación no parece oportuna, debe hallarse la manera más conveniente para que uno y otro texto puedan proclamarse sin error.

117 En las traducciones a las lenguas vernáculas, no debe omitirse el título que precede al texto. A este título puede añadirse, si se juzga oportuno, una monición que explique el sentido general del fragmento, con alguna señal adecuada o con caracteres tipográficos distintos, para que se vea claramente que se trata de un texto discrecional.

118 A cada volumen se añadirá oportunamente un índice bíblico de los fragmentos, a la manera del que se halla en este volumen, para que puedan encontrarse con facilidad en los Leccionarios de la misa los textos necesarios o útiles para determinadas ocasiones.

2. Indicaciones para cada lectura en particular.

En la Ordenación de las lecturas se propone para cada lectura la indicación del texto, el título y el íncipit, respecto a los cuales hay que advertir lo siguiente:

a) INDICACIÓN DEL TEXTO

119 La indicación del texto (esto es, del capítulo y de los versículos) se da siempre según la edición de la Nueva Vulgata, exceptuando los salmos, añadiendo alguna vez una segunda indicación referente al texto original (hebreo, arameo o griego), siempre que haya discrepancia. En las traducciones en lengua vernácula, de conformidad con lo que decrete la autoridad competente en cada lengua, puede seguirse la numeración que corresponda a la versión aprobada por la misma autoridad para el uso litúrgico. Conviene, pues, que haya siempre una cuidadosa indicación de los capítulos y versículos, la cual, si se juzga oportuno, se pondrá también dentro del mismo texto o al margen del mismo.

120 De esta indicación se sigue que en los libros litúrgicos haya la «inscripción» del texto, la cual ha de leerse en la celebración, y que no se pone en la Ordenación de las lecturas. Esta inscripción se hará según las normas siguientes, normas que pueden ser modificadas por decisión de las autoridades competentes, según las costumbres y conveniencias de cada lugar o de cada lengua:

121 1) Se dirá siempre: Lectura del libro..., o: Lectura de la carta..., o: Lectura del santo evangelio..., y no: Comienzo... (a no ser que en algunos casos especiales parezca oportuno), o: Continuación...

122 2) En cuanto al nombre de los libros, se conservará el uso tradicional, exceptuando los casos siguientes:

a) cuando haya dos libros del mismo nombre se dirá «primer libro», y «segundo libro» (por ejemplo: de los Reyes, de los Macabeos), o bien «primera carta», y «segunda carta»;

b) se empleará el nombre hoy más en uso en los siguientes libros:

— «libros I y II de Samuel», en vez de libros I y II de los Reyes;

— «libros I y II de los Reyes», en vez de libros III y IV de los Reyes;

— «libros I y II de las Crónicas», en vez de libros I y II de los Paralipómenos;

— «libros de Esdras y de Nehemías», en vez de libros I y II de Esdras;

c) hay que distinguir entre sí los libros sapienciales, con los siguientes nombres: Libro de Job, de los Proverbios, del Eclesiastés o de Qohelet, del Cantar de los cantares, de la Sabiduría, del Eclesiástico o del Sirácida;

d) en cuanto a los libros que en la Nueva Vulgata figuran entre los profetas, se dirá: Lectura del libro de Isaías, de Jeremías, de Baruc, y: Lectura de la profecía de Ezequiel, de Daniel, de Oseas, de Malaquías, incluso en aquellos libros que algunos consideran no verdaderamente proféticos.

e) se dirá «Lamentaciones» y «carta a los Hebreos», sin mencionar a Jeremías ni a Pablo.

b) TÍTULO

123 Cada texto lleva un título cuidadosamente estudiado (formado casi siempre con palabras del mismo texto) en el que se indica el tema principal de la lectura y, cuando es necesario, la relación entre las lecturas de la misa.

c) EL «ÍNCIPIT»

124 El «íncipit» contiene las primeras palabras introductorias de costumbre: En aquel tiempo..., o: En aquellos días..., o: Hermanos..., o: Queridos hermanos..., o: Así dice el Señor..., pero que se omite cuando en el mismo texto hay una suficiente indicación de tiempo o de personas, o cuando por la misma naturaleza del texto estas palabras no serían oportunas. En las traducciones en lengua vernácula, estas fórmulas podrán ser cambiadas u omitidas por decisión de las autoridades competentes.

Después de estas palabras, viene el comienzo de la lectura propiamente dicho, quitando o añadiendo algunas palabras según sea necesario para entender el texto separado de su contexto. En la Ordenación de las lecturas se dan las convenientes indicaciones cuando el texto consta de versículos discontinuos, si ello requiere introducir algún cambio en el texto.

d) ACLAMACIÓN FINAL

125 Al final de las lecturas, para facilitar la aclamación del pueblo, se han de poner las palabras que dice el lector: Palabra de Dios (primera y segunda lectura), o: Palabra del Señor (evangelio), u otras del mismo tenor, según las costumbres de cada lugar.

NOTA:

Se puede encontrar el Ordenamiento de las Lecturas de la Misa, para un estudio en las parroquias, en las siguientes direcciones:

* <http://servicioskoinonia.org/leccionario/Libro_PRE.html>
* *catholic-resources.org/Lectionary/1981-GeneralIntroduction-Spanish.pdf*

**III. Cómo hacer**

Dentro de la Iglesia podemos observar, que se desempeñen diferentes ministerios y oficios en los cuales es necesario destacar lo que dice la Sacrosanctum Concilium:

 “Todos, sacerdotes y fieles cumpliendo cada uno con su oficio, hagan todo y solo aquello que pertenece a cada uno”.[[18]](#footnote-18)

“Cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras es Dios mismo quien habla a su pueblo, y Cristo, presente en su Palabra, quien anuncia la Buena nueva. Por eso las lecturas de la Palabra de Dios proporcionan a la liturgia un elemento de grandísima importancia.

Para que los fieles lleguen a adquirir una estima viva de la Sagrada Escritura por la audición de las lecturas divinas, es necesario que los lectores que desempeñen este ministerio, aunque no hayan sido oficialmente constituidos en él, sean de veras aptos y estén diligentemente preparados. El lector que ha sido instituido para hacer las lecturas de la sagrada Escritura excepto el Evangelio, puede también proponer las intenciones de la oración universal y cuando falta el salmista, decir el salmo entre las lecturas”.[[19]](#footnote-19)

La Palabra de Dios, para que sea acogida y traducida en la vida de los fieles, exige una fe viva.[[20]](#footnote-20) La cual crece continuamente al escuchar la Palabra de Dios proclamada.

“La asamblea litúrgica necesita tener lectores, aunque no hayan sido instituidos para esta función. Por eso hay que procurar que haya algunos laicos, los más aptos, que estén preparados para desempeñar este ministerio. Si se dispone de varios lectores y hay que leer varias lecturas, conviene distribuirlas entre ellos mismos”.[[21]](#footnote-21)

Esta preparación debe de ser en primer lugar, espiritual, pero también es necesaria la preparación técnica. La preparación espiritual supone, por lo menos una doble instrucción: bíblica y litúrgica.[[22]](#footnote-22)

**BIBLICA =** Debe de encaminarse a que los lectores puedan comprender las lecturas en su contexto propio y entender a la luz de la fe, el núcleo central del mensaje revelado.

**LITÚRGICA =** Debe facilitar a los lectores una cierta percepción del sentido y de la estructura de la liturgia de la palabra y la relación entre la liturgia de la palabra y la liturgia eucarística.

**TÉCNICA =** Debe de capacitar a los lectores para que cada día sean más aptos en el arte de leer ante el pueblo, ya sea de viva voz o con la ayuda de los instrumentos modernos para amplificar la voz.

A continuación mencionamos algunas cuestiones prácticas para realizar lo que acabamos de explicar en la parte de arriba:

La Palabra de Dios debe de leerse siguiendo estos pasos:

* **INTELIGENTEMENTE:**

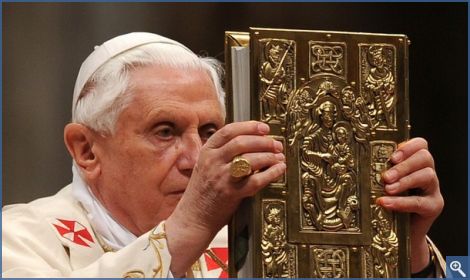
Es decir tratando de captar el sentido auténtico que el autor humano quiso expresar y que aparece en el texto.

* **CRISTIANAMENTE O CON ESPIRITU DE FE:**

Esforzándonos por oír a Dios que nos está hablando. Si lo escuchamos nos queda la tarea de poner en práctica su Palabra.[[23]](#footnote-23)

* **ACTUALIZADAMENTE:**

Es decir desde nuestra situación personal y social, dejando que nos interpele la Palabra del Señor en el aquí y ahora en orden a transformar y cambiar radicalmente nuestra persona, comunidad y estructura.

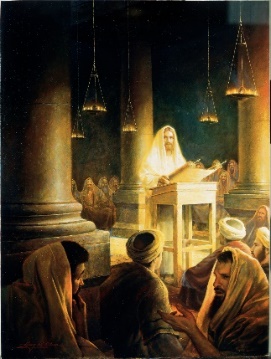
****

*Si tu voz no resuena, no resonará la Palabra de Cristo; si no das bien el sentido, el pueblo no podrá comprender la Palabra; si no das la debida expresión, la Palabra perderá su fuerza.*

(Sn. Agustín)

Algunas fallas que podemos tener para hacer una buena lectura a la Palabra de Dios pueden ser:

* El sonido de nuestras Iglesias, puede ser pésimo o mal ecualizado.
* La prisa del lector, que no aprecia ni entiende el sentido del texto.
* El tono falso, monocorde e impersonal.
* No tener instrucción de los diferentes tipos de lectura.
* No tener una buena instrucción sobre la vocalización, sonorización, postura o el uso del micrófono.

1. **Condiciones para una buena proclamación de la Palabra de Dios.**

* Acústica:

El lugar de la celebración debe de ser funcional, y como tal, debe tener una buena acústica para que todos, desde cualquier punto, puedan escuchar totalmente la proclamación de la Palabra de Dios.

La instalación de micrófonos y altavoces solo debe colocarse cuando realmente sea necesaria. En tal caso no todas las voces pueden ponerse a la misma distancia ni con el mismo tono en el amplificador.

* El uso del micrófono:
* Plano general: (20 a 30 cm.) se usa en la proclamación, en la conversación o relato, interioridad, plano neutro, vivacidad, familiaridad, o para indicaciones técnicas, evitando romper el clima.
* Plano medio (de 15 a 20 cm.) Hablar como si no hubiera micrófono, cuando el grupo esta de 2 o 3 metros de distancia, cuando el tono de voz del lector es más elevado, se debe de articular con más cuidado y más lentamente.
* Plano próximo (de 5 a 10 cm.)
* El lugar:

El lector debe de situarse en un lugar visible y elevado. La Palabra es un signo dirigido por una persona a otras. No debe de quedar escondido detrás del libro o el ambón sino que procurará mirar a la asamblea. Que aparezca radiante por la alegría que le procura su misión.

* Del lector:

Si la palabra de Dios es verdaderamente un ministerio, esto debe de manifestarse por la presentación personal, en la postura y la actitud.

El cuerpo expresa la persona y se hace testigo de los sentimientos y actitudes internas de la misma por eso es bueno tener en cuenta tres características:

* la inmovilidad
* la cabeza erguida y la mirada puesta en la comunidad
* la relajación

La respiración es sumamente importante para que las palabras escritas adquieran su auténtico volumen en nuestra voz, para ello es necesario hacer ejercicios de respiración, para respirar oportunamente se han de aprovechar las pausas que se intercalan en la lectura (la puntuación).

Algo también muy notorio del lector es que cada uno de ellos según su personalidad, le puede dar más sentido o hincapié a las lecturas.

La preparación de las lecturas con anterioridad es sin lugar a duda lo mejor, de igual modo el tener el conocimiento, al menos básico, de la Palabra de Dios.

**“El Espíritu del Señor está sobre mi porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor.”**

*Lucas. 4,18-19*

1. **La proclamación de la Palabra de Dios**

Debemos de partir de que es necesario saber que para la preparación de las lecturas necesitamos hacernos las siguientes preguntas y de ahí partir:

* ¿Quién es el autor, a quien se dirige?
* ¿Cuál es el género literario que utiliza?
* ¿Cuáles son los actores principales del texto?
* ¿Qué afirma el texto sobre Dios y qué afirma sobre el hombre?
* ¿Qué espera Dios del hombre y viceversa?

¿Cómo leer un texto profético?

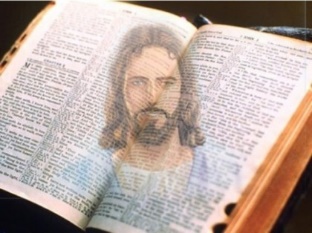
Primero que nada tenemos que tener en cuenta que en los libros proféticos podemos encontrar tres clases de elementos, los cuales son claves para poderlos leer como se bebe:

1. Dichos proféticos: que son oráculos en que algunas veces es Dios mismo quien habla; otras el profeta en nombre de Dios, o bien trozos proféticos que contienen una enseñanza, anuncio, una promesa…[[24]](#footnote-24)
2. Relatos en primera persona, en que el profeta refiere su experiencia, en especial su vocación.[[25]](#footnote-25)
3. Relatos en tercera persona que narran acontecimientos de la vida del profeta a las circunstancias de su ministerio.[[26]](#footnote-26)

¿Cómo leer un texto apocalíptico?

Tenemos que tener también en cuenta que el Apocalipsis es la transmisión de un término griego que significa revelación. Y el lenguaje que se utiliza en estos textos es el simbolismo, pues se da a través de visiones y transmisión oral, por lo tanto es necesario intentar descubrir el contexto en el que se encuentra el autor y el motivo de esa revelación, y que significan estos signos.

¿Cómo leer un texto narrativo?

En estos escritos hay que notar, que es donde se encuentra la historia en la que Dios ha querido irrumpir en el tiempo del hombre y también se encuentran los personajes de los cuales Dios ha querido valerse para realizar sus proezas.

El lector debe santificarse a sí mismo. La causa de la Gracia es el mismo Dios, ya que sólo Él quiere salvar al hombre y le da los medios para ello deificándole por medio de la gracia santificante.

Dios siempre concede su gracia por los méritos de Jesucristo, por tanto Jesucristo, es la causa meritoria de la gracia y los sacramentos instituidos por Él la causa instrumental.

La gracia actual, que se da por la proclamación de la Palabra, consiste en aquellas influencias e impulsos sobrenaturales que obra directamente, sobre las facultades espirituales y la voluntad del hombre para moverlas y elevarlas inmediata y exclusivamente a actos sobrenaturales, es un auxilio para poner en ejercicio las facultades del espíritu.

La Gracia es un don de Dios y la providencia la distribuye como quiere, une al hombre espiritualmente a Cristo donde queda justificado por don gratuito y no por sus méritos. Es pues, esta gracia principio de toda actividad sobrenatural y constituye una participación de la naturaleza divina que hace apta al alma para la visión intuitiva de Dios.[[27]](#footnote-27)

Así tenemos que, la persona, al escuchar la proclamación de la palabra, recibe el don gratuito de la gracia para asimilarla en su espíritu; esta gracia actúa de dos maneras: una es de manera externa, que consiste en la proclamación de la palabra, se podría decir que esta forma externa es visible o testificable por medio de los sentidos. La otra manera en que actúa la gracia es interna, en donde el espíritu dispone el corazón del que escucha, para que pueda ser un verdadero receptor del mensaje y lo capacita para dar una respuesta libre.

*Diferencia entre proclamar un Edicto y proclamar a Dios mismo*

Las dos palabras básicas que emplea el Nuevo Testamento para la proclamación del mensaje de Jesús son  y . La primera aparece ya usada en el griego clásico y significa dar buenas nuevas, traer una buena noticia. Así se enuncian los decretos de los emperadores. El edicto es una ley o decreto o simple notificación, que anuncia la autoridad y se promulga de manera solemne,[[28]](#footnote-28) se proclaman públicamente las campañas de militares, las victorias y las alianzas, la proclamación es la declaración solemne de un principio o inauguración de un reinado, es una alabanza pública y común.[[29]](#footnote-29)

También en Israel se anuncian y proclaman las noticias de victoria o la muerte del enemigo; dado que en Israel la guerra es santa, la proclamación de una victoria se convierte en acontecimiento cultual.

La segunda palabra básica Keryssein, significa dar a conocer algo por medio de un heraldo. En la época romana y helenística, el heraldo va de ciudad en ciudad y anuncia los decretos y disposiciones del emperador. Lo que el heraldo anuncia se llama evangelium, término griego para significar el mensaje de una victoria.

Evangelio pasa a ser término técnico de la predicación neotestamentaria, el cual ha recibido un sentido nuevo en la predicación cristiana. Jesús es el anuncio del evangelio de Dios y es aquí donde reside la diferencia entre la proclamación de un edicto y la proclamación de Dios mismo; Jesucristo se convierte en el contenido del evangelio, para la joven iglesia este mensaje es el mensaje de victoria para todos los hombres.[[30]](#footnote-30)

La proclamación que realiza la Iglesia sobre la faz de la tierra no es sólo el Evangelio del reino: es el de la salvación sobrevenida en Jesús, Mesías e Hijo de Dios, salvación accesible desde ahora a todos los hombres.[[31]](#footnote-31)

*Dios habla de una vez y para siempre, cada asamblea litúrgica se une a la única Palabra de Dios, que nunca cambia.*

Dios tiene una palabra y habla a los hombres, de ahí la necesidad de repetir y difundir su mensaje al hombre, el cual está llamado a dar una respuesta. Dios habla por medio de sus mensajeros (Abraham, Moisés, profetas). Ha hablada por última vez y de manera definitiva en su Hijo, quien es el mensajero último de Dios, cuya misión es el anunciar el mensaje divino a todo el mundo. En este mensaje se ha expresado y se ha prometido Dios totalmente, de modo que mensajero de Dios y Palabra de Dios se identifican (Jn 1, 14). Jesús no sólo anuncia el mensaje, Él mismo es mensaje de Dios, promesa y afirmación de Dios. Él es también el contenido del mensaje, Él proporciona a todos los hombres la posibilidad de responder al creador de manera adecuada a la criatura. Proclamación significa, pues, continuación y posibilitación de la acción salvífica de Cristo. Es por eso que decimos que la proclamación que se realiza en la liturgia de la Palabra en cada una de las misas o celebraciones, no son proclamaciones distintas en sí, sino que realmente realizan la única proclamación hecha por Dios en Jesucristo de manera definitiva

**A) DIFERENCIACIÓN ENTRE EL LECTOR ESPONTÁNEO Y EL INSTITUIDO.**

\* Lector Instituido

* Ventaja Técnica y Espiritual
* Relación directa con el oficio de la Palabra (significación, pronunciación y exactitud). Es decir reciben una formación especial para el trato y el contacto para con la Palabra.
* Alta Calidad de vida Cristiana y de Testimonio a los demás
* Preparación espiritual necesaria y conocimiento del sentido
* Se presta un ministerio (servicio a la comunidad)
* Reciben una bendición especial para ejercer tal ministerio.

\* Lector espontáneo

Batalla con la familiarización (de la Palabra).

* No utilización del micrófono
* Sin claridad, sin sonorización, no relacionado con el vocabulario, inseguridad etc.

\* Las dos partes

La misma dignidad.

* La misma misión.
* El mismo bautismo.
* Todos hijos de Dios.

1. **TODO BAUTIZADO TIENE DERECHO A PROCLAMAR LA PALABRA DE DIOS.**

* “Id pues y haced discípulos míos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enseñarles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”.[[32]](#footnote-32)
* El sacerdocio común según Pío XII, según Santo Tomás, según Concilio Vaticano II; Iglesia Comunidad Sacerdotal.

**C) La Lectura de la Palabra de Dios en la Misa, no es privativa de algunos cuantos.**

Riesgos que se corren cuando la palabra la privamos a algunos cuantos:

* Abrir la puerta a los otros, cerrarnos a su riqueza.
* No adueñarse del ministerio territorial.
* Se limita a la gracia que nos da Dios
* Se limita la trascendencia (en ese ministerio) de Dios en la vida de las personas.
* Se limita la riqueza comunitaria
* Limitamos la vida del grupo de lectores
* Fomentamos la huida de los integrantes del grupo y el detesto por nuestras actitudes.

**D) El ministerio de Lector está encaminada a la Catequesis.**

* “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”.
* “Una lectura bien entendida y puesta en su lugar, es decir, puesta en su sitio, hará mucho por la evangelización.
* Primero: se escuchará un mensaje completo, correcto y adecuado
* Segundo: se conocerá mejor el sentido del anuncio
* Tercero: ayudará a los fieles a comprender mejor el sentido global de la salvación. (revelación).
* Cuarto: ira de la mano, conocimiento y compromiso bautismal

1. **Cuestiones prácticas**

* Lee las tres lecturas

El Evangelio nos da muy a menudo una idea de cómo debe leerse la Primera Lectura. Lee también los comentarios que acompañan cada lectura. En cada uno encontrarás ideas que pueden ayudarte a interpretar lo que vas a leer. Cuando lees los comentarios, fíjate en las secciones de la escritura que se mencionan específicamente y apunta tus ideas y reacciones en el margen. Vuelve a leer las escrituras, utilizando tus propias observaciones además de los comentarios. Lee siempre las escrituras en voz alta cuando ensayas, prestando atención a las palabras que se enfatizan y a las pausas. Cuando hayas repasado varias veces la lectura, cambia el énfasis y las pausas a tu gusto, de la manera que te parezca más natural, adoptando así tu propio estilo y añadiendo tu interpretación individual. Cada vez que reces durante la semana, relaciona tu oración con las escrituras que vas a proclamar el domingo. Recuerda lo dicho anteriormente: proclamar las escrituras es un ministerio.

Este Manual no es para que lo uses en el ambón durante la misa, pues para eso está el leccionario, tan hermosamente encuadernado. Si quieres, puedes cortar una Página del Manual, o hacerle una fotocopia, y después colocarla dentro del leccionario para leerla directamente, pero esto debe hacerse antes de que comience la liturgia. Sin embargo, muchos lectores consideran, y con razón, que las marcas que se hacen para hacer énfasis, pausa, alargamiento y extensión, pueden confundir al lector cuando se usan durante la misa.

En cualquier caso, no te sientas obligado a aprender de memoria todas las pausas y énfasis. ¡Eso sí sería un rollo! Las indicaciones sólo son sugerencias. No hay problema si interpretas la lectura de otra manera.

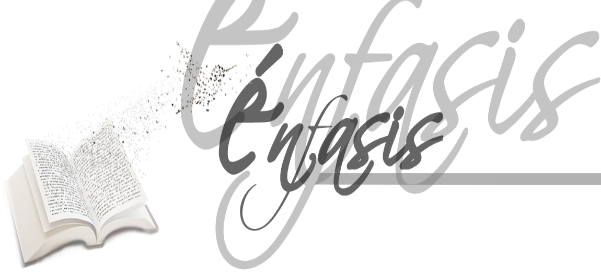
Un lector tedioso o inexperto, incapaz de diferenciar entre los personajes que interpreta, que lee con un ritmo demasiado acelerado o lento, desganado, que no sabe resaltar las descripciones más hermosas de un pasaje, que adopta un tono monótono, sin variar el tono de la voz para culminar en una inflexión descendiente o seguir adelante con un tono ascendente cuando es necesario, que no hace las pausas lógicas y adecuadas, este lector llama la atención hacia sí mismo. Ese lector es como una pared. La asamblea ve exclusivamente su persona y no puede ver más allá. En cambio, el lector verdaderamente comprometido, que emplea las técnicas más efectivas para darle vida a la lectura, es una ventana por la cual la asamblea puede ver más allá de lo inmediato. La asamblea puede seguir viendo la presencia del lector pero se olvida de ella y entra en el mundo que éste, con su voz, ha dibujado para ellos.

* La intensificación de la voz

A veces se te indicará que leas cierta palabra o frase con intensidad, lo cual no quiere decir que debes hablar más alto. Más bien, se trata de que expreses una emoción que sientas intensa y profundamente. A veces puedes comunicar esa emoción alzando la voz, pero a menudo puedes lograr el mismo efecto bajándola. Lo mismo ocurre con el ritmo que empleas: un ritmo acelerado puede evocar un sentimiento intenso, pero un ritmo más lento también puede lograrlo; todo depende del contexto y del lenguaje que estés usando. Lo importante es expresarse con emoción (aunque sin exagerar, por supuesto), apremio, preocupación y un interés personal y sincero. El lector que no se entrega a la lectura y no se expresa con Intensidad destruye el poder de las palabras y echa a perder la proclamación.

Cada vez que lees una sección con una palabra, frase o idea repetida ("Samuel, Samuel..., 'Conozcan al Señor'. Pues me conocerán todos…") tu voz ha de expresar más intensidad y urgencia la segunda vez. Ojo, si lo haces así, la repetición sonará redundante y vacía. La repetición se emplea cuando quieres destacar un punto específico, y esto se hace con la voz y con las palabras. Recuerda que para expresar con mayor intensidad el segundo "Samuel", puedes bajar o subir la voz; lo importante es el nivel de energía con que te expresas. Si un pasaje es muy largo, tendrás que variar el tono y el ritmo para lograr el efecto apropiado: quizás tengas que aumentar el nivel de intensidad hasta cierto punto, reducirlo, y luego iniciar nuevamente el ascenso.

* El énfasis (palabras que aparecen en cursiva)

No todas las palabras tienen el mismo valor. Algunas son más importantes que otras. Ciertas palabras expresan un sentimiento con mayor intensidad, o están más cargadas de emoción. Las palabras que aparecen en cursiva son las palabras claves de una oración, las que transmiten el significado de una frase. Expresan la acción y el efecto o resultado de algo. Los sustantivos también son de suma importancia. Los adjetivos y los adverbios son palabras descriptivas, que traen color a la frase. En español ponemos más énfasis en los adjetivos, que ayudan a resaltar el sentido de la frase y aclarar el mensaje del autor.

El contexto de la frase y la variedad determinan dónde se pone el énfasis, pero también es importante que se siga el ritmo natural de la frase, y que se dé a las palabras un énfasis acorde con ese ritmo natural. Por ejemplo: "Hablen a Jerusalén, hablen a su corazón …" sigue el ritmo natural de la frase y respeta la variedad. Las preposiciones no reciben énfasis por lo general, a menos que estés tratando de subrayar una dirección o de marcar un tiempo. Puedes modificar el énfasis cuando lo consideras necesario; sólo asegúrate de que entiendes bien por qué lo estás haciendo.

Si te parece que una oración determinada contiene más palabras con énfasis de lo necesario, lo más probable es que tengas razón. Las palabras en cursiva no señalan un mismo nivel de énfasis: una o dos de las palabras pueden tener menos fuerza que la palabra principal. Además, es cierto que no existe una manera exclusiva de acentuar un texto. Proclamarás con más éxito cuando respetas la intención del autor, dándoles vida a sus palabras para la actualidad y preservando, a la vez, su significado original, y al mismo tiempo, tomas en cuenta el carácter único de la asamblea que te escucha.

* Palabras cuyo sonido refleja el significado

Estas palabras exigen un énfasis especial. El sonido de ciertas palabras como "brotará", "se burlaron", "desolado" refleja el significado. El autor las ha escogido para expresar con más fuerza cierto sentimiento y captar un sentido en particular. Respeta la función de estas palabras. No se lee de la misma manera "para enfrentar esta angustia" que "para enfrentar esta preocupación"

* Unidades de pensamiento

Muchas oraciones expresan más de una idea. Cuando se juntan muchas palabras es fácil que el sentido de la oración se vuelva borroso y que las ideas no se puedan distinguir unas de otras. La puntuación guía el ojo del lector y no el oído, y a veces no indica correctamente qué palabras han de leerse en grupo y qué palabras o frases hay que separar con una pausa. Como lector, debes fijarte en estas unidades de pensamiento y emplear la voz de manera que se note la diferencia entre ellas. El oyente depende totalmente de ti y de cómo organizas las ideas. Las marcas que se usan para señalar las pausas ( ·,··,···,····,) en los textos de la Sagrada Escritura que aquí se presentan, tienen dos propósitos: dividir el texto en unidades que comunican una imagen o pensamiento específico, e indicar la duración de cada pausa entre las unidades señaladas.

* Pausas

Todas las pausas no tienen el mismo valor. Cada marca sugiere una extensión de tiempo entre las unidades de pensamiento. Un cuadrito ( · ) indica una pausa que equivale a una nota musical de un cuarto. Dos ( ·· ), tres (··· ) o cuatro (.... ) cuadritos representan el doble, el triple y el cuádruple de esta duración. O sea, un cuadrito es una pausa breve, dos representan una pausa mayor, tres una pausa más larga, y cuarto la pausa más larga (cuatro segundos o más). Otra manera de calcular la duración de cada pausa es la siguiente: sostén un lápiz en la mano mientras lees, y cada vez que encuentres una indicación de pausa, da un golpecito al libro por cada cuadrito que haya antes de pronunciar la palabra que sigue. Con estos golpes (uno, doble, triple y cuádruple) podrás hacer una lectura de compás variado y mantener un paso medido además.

Si alguna vez llegas a un solo cuadrito y la pausa te suena rara, esto se deberá a que la estás alargando demasiado. Aunque los cuadritos dobles, triples y cuádruples señalen una pausa de duración uniforme, un cuadrito puede indicar una extensión más variada. Confía en tu sentido de lo que se necesita en ese momento para determinar qué tipo de pausa harás: más larga o más corta. Algunos pasajes mantienen un ritmo más acelerado que otros. Incluso algunas secciones dentro de los pasajes largos varían en ritmo. En esos casos, un cuadrito puede indicar una pausa más breve, como la mitad de una pausa normal, por ejemplo, o una pausa más larga.

Las pausas nunca son momentos "muertos". Hay pausas que sirven para crear anticipación, para crear un silencio que dice: "Algo va a pasar". Las pausas te ofrecen la oportunidad de conectar lo que acabas de leer con el pensamiento que sigue. Cuando llegues a una pausa, piensa que en su lugar hay alguna palabra o frase conjuntiva como "y entonces", "sin embargo", u otra que se aplique al contexto.

Sólo la práctica te permitirá determinar cómodamente la extensión de las pausas y llenarlas correctamente. Más pausas de las necesarias resultan en una lectura irregular, cortada, mientras que muy pocas pausas provocan amontonamiento de palabras e incomprensión. Las pausas de extensión exagerada destruyen el ritmo fluido de la lectura. Las pausas demasiado cortas impiden que los oyentes sigan la lectura. Haz siempre una pausa alargada después de decir: "Lectura de . . .", lo mismo que al final de ésta, antes de decir: "Palabra de Dios". Aunque esta última frase se haya cortado de las lecturas en este libro, recuerda que es muy importante y que hay que decirla después de cada lectura.

* Alargamiento y continuación

Normalmente, el signo del cuadrito que está al final de una frase indica que, además de hacer una pausa, hay que emplear una entonación descendiente, es decir, bajar la voz con un tono que indique final o conclusión:

"En aquel tiempo, · dijo Jesús a las turbas: ·· "Escuchen esta comparación del Reino de Dios".··

A veces, sin embargo, se requiere un tono ascendente al final de la frase, de tal forma que suba un poco la voz y se dé lo que se llama un "alargamiento". El alargamiento requiere que la palabra se extienda y que se dé una conexión sutil entre las dos frases: la de la palabra de alargamiento y la que le sigue:

"Cuando se la siembra es la más pequeña de todas las semillas de la tierra". ····

Más directa es la "continuación". La flechita que encontrarás al final de ciertas frases indica que no debes detenerte, sino leer las dos frases seguidas. Las dos frases unidas por la flecha se leen como si estuvieran juntas y no hubiera separación entre, ellas en la página. Es decir que:

"la semilla brota de cualquier manera y crece sin que él se dé cuenta". ···

se ha de leer como si se presentara de esta manera:

"la semilla brota de cualquier manera y crece sin que él se dé cuenta".

* El formato de las escrituras

Las escrituras que aquí se reproducen siguen el mismo formato de líneas divididas que se encuentra en el leccionario publicado por el Centro Pastoral para Hispano del Noreste. Con este sistema es difícil determinar cuándo termina un pensamiento o una idea, y cuándo se empieza desarrollar uno nuevo. Por eso, cada línea está marcada con un número y algunos de los comentarios a los lados están divididos en secciones que corresponden a los números de las líneas en las escrituras. Las secciones de los comentarios [1-41], [15-36] ofrecen unidades de perspectiva y señalan que en una nueva unidad puede ocurrir un cambio de perspectiva, de situación o de ritmo. Dentro de las escrituras en sí, el final de cada unidad ha sido señalado por los cuatro cuadritos (···· ). Cuando vea eso, ya sabrás que seguirá una sección con una perspectiva o una idea diferente.

* Los personajes

La mayor parte de las escrituras están pobladas de diversos personajes que se destacan por su personalidad y sus comentarios. Como cada personaje es distinto, cada uno tiene su voz individual y al interpretarlo debes comunicar esa individualidad. Cuando ensayas cada lectura familiarízate con los pensamientos y sentimientos de sus personajes y lo que los motiva a actuar de cierta manera. El lector más eficaz es capaz de transmitir el carácter individual de cada personaje y de no confundirlos todos.

* El narrador

El narrador es muy a menudo el eje de la lectura. La voz que emplea, su timbre, tono, ritmo y fuerza pueden evocar diferentes sentimientos o buscar otro sentido a las mismas palabras. En algunos casos el narrador es objetivo, capaz de separarse emocionalmente de la situación que describe ("En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: . . . "). Pero lo más común es que el narrador expresa un punto de vista subjetivo y comunique un interés emocional y personal respecto a los acontecimientos y personajes ("Al ver Jesús el llanto de María y de todos los judíos que estaban con ella, se conmovió hasta el alma") Haz tuyo el punto de vista del narrador, y analiza porque él o ella necesita o desea contar cierta historia.

Acércate al ambón y aléjate de él con reverencia. No te apures (como si tuvieras ganas de salir corriendo) ni te muevas con excesiva lentitud (como si fueras la piedad personificada).

Pronuncia claramente y con firmeza las palabras iniciales: "del libro del…". A veces la primera palabra de una lectura es un nombre particular. Aunque ésta no sea la palabra más importante de la lectura, pronuncia el nombre claramente, resaltando su importancia, para que los oyentes oigan bien de quién se está hablando y quién es el sujeto de la oración.

* Contacto visual

Por medio del contacto visual estableces una conexión con los oyentes. Cuando los miras, ellos están confiados de que reconoces su presencia y de que estás allí por y para ellos.

El contacto visual confirma que estás consciente de los oyentes y les comunica tu deseo de compartir la Palabra de Dios con ellos. Mira a la asamblea cuando llegues a la parte central de cada oración, así como al final. Esto quiere decir que vas a bajar la vista al principio, luego la alzarás cuando llegues a la parte central, volverás a alzarla otra vez cuando estés llegando al final de la oración, y la subirás cuando termines. Esta acción de "sube y baja" jamás debe parecer automática, exagerada o incómoda. Es importante mantener la fijeza en el contacto visual. Es preferible mirar a la asamblea con menos frecuencia pero con más fijeza, que mirar a menudo pero sin uniformidad.

* La expresión de los ojos

El contacto visual no sólo permite que los oyentes experimenten una historia "desde afuera", sino que además los atrae y los deja entrar en la historia. La "expresión de los ojos" es lo que logra este efecto y te permite transmitir la postura del autor con respecto a la acción de la Historia. Por medio de la expresión de los ojos logras mucho más que el contacto con los oyentes; más bien expresas y compartes el relato con ellos. Esta es una manera de ayudar a los oyentes a "entrar" en la historia y actualizarla, de manera que ellos se imaginan cada detalle y tengan la sensación de que está ocurriendo allí mismo, ante sus ojos.

Cuando interpretes un diálogo entre personajes, colócalos en ciertos puntos imaginarios al fondo del templo. Cuando hagas el papel de uno de ellos, eleva la mirada hacia el lugar donde ubicaste al personaje a quien te diriges, como si le hablaras directamente. Mira hacia la otra dirección cuando interpretes al segundo personaje. De esta manera el diálogo y los personajes adquirirán vida para ti; parecerá que existen de verdad.

* Ritmo

¿Cómo se determina el ritmo?, ¿Cuándo se acelera o se retarda demasiado la lectura?. Todo depende de lo que lees y a quiénes. Mientras más grande sea la Iglesia, más llena de gente esté y más complicada sea la lectura, más importante será leer despacio. Si te equivocas, es preferible leer a paso lento que acelerado. Recuerda que los oyentes no han estudiado el texto como tú y que para ellos es algo nuevo. Necesitan tiempo para digerirlo. Leerás mesuradamente si lees ideas y conceptos y no meras palabras, si compartes imágenes y no sólo oraciones. "Piensa" las ideas (como si lo hicieras por primera vez) y "mira" las imágenes en tu propia mente antes de compartirlas con la asamblea. Cuando conversas con una persona, no te pongas a recitar ciegamente listas de ideas o argumentos que apoyan ciertas posiciones. Más bien, surgen una por una en tu mente, y este proceso requiere tiempo. Así mismo, por tanto, has de leer las ideas de Jesús o las discusiones de Pablo con calma.

Familiarízate con el micrófono y el sistema acústico amplificador de la iglesia. Si se oye un eco, tendrás que retardar el ritmo más de lo normal.

Debido a que el diálogo es una imitación de una conversación verdadera, usualmente se lee a un paso más acelerado que el que se usa en la parte narrativa de la historia.

Guía para la pronunciación

No te dejes intimidar por palabras y nombres desconocidos. Ensaya la pronunciación correcta de la palabra, apuntándola fonéticamente en una hoja de papel. Lleva esa hoja al ambón, por si acaso.



* El salmo responsorial

Los salmos son la responsabilidad del cantor, no del lector. La introducción al leccionario nos recuerda que el papel del cantor es dirigir los salmos y que los salmos son cantos y no lecturas.

Una lectura demasiado rápida se hace incomprensible, pues obliga al oído a hacer un esfuerzo mayor. Por el contrario, la excesiva lentitud provoca apatía y somnolencia. La estructura del texto es la que impone el ritmo, pues no todo tiene la misma importancia dentro del conjunto. Se puede leer más a prisa un pasaje que tiene una importancia menor, y dar un ritmo más lento a las frases que merecen un mayor interés.

La puntuación debe ser escrupulosamente respetada. Las pausas del texto permiten respirar al lector, y ayudan a la asamblea a comprender plenamente lo que se está leyendo.

ESTUDIA LAS LECTURAS QUE VAS A PROCLAMAR

Profundizar en el conocimiento que tienes de las lecturas. Estudia cuidadosamente el texto completo (de cada una) en la Biblia.

Acompaña este estudio con oración desde el primer momento. Ten en cuenta el género literario del texto. Es importante saber si es profético, lírico, narrativo, meditativo o si es letanía. Consulta un comentario bíblico para entender mejor el texto. No trates de imponer sus propios sentimientos en la lectura. Intenta manifestar el contenido (del texto) según la intención del autor. Practica las enseñanzas de la lectura en tu vida diaria.

- Al llegar al micrófono asegúrate de que estés a la altura de la boca. No le soples ni lo golpees. Ajústalo con cuidado. Párate derecho detrás de él sin inclinarte hacia el frente y distribuye el peso en ambos pies por igual (es decir, sin apoyarte más en un pie que en el otro). No te muevas de un lado al otro.

- Nunca leas del misalito, ¡sino sólo del Leccionario! Este debe estar abierto en la página que corresponde a la lectura del día.

- Si por alguna razón te pierdes en un versículo, pronuncias mal algunas palabras o interrumpes la lectura, haz una pausa corta, tranquilízate, pide una disculpa, y repite el texto que has pronunciado mal

- No debes darle la espalda a los oyentes cuando ellos respondan y pon atención al altar y al celebrante; reza y celebra con la asamblea.

1. Cf. Hebr. 4, 12 – 13. [↑](#footnote-ref-1)
2. Cf. DV 8. [↑](#footnote-ref-2)
3. Cf. SC 7 [↑](#footnote-ref-3)
4. cfr. Jer 42, 1 – 7; 2 Sam 7, 1 – 5. [↑](#footnote-ref-4)
5. Jer. 20, 9; Am 3, 8. [↑](#footnote-ref-5)
6. Cf. Jer 15, 10 – 21; 20; 36 – 45; Os 9, 7 – 9; Am 7, 10 – 17. [↑](#footnote-ref-6)
7. Cf. Gén. 1, 26 – 27. [↑](#footnote-ref-7)
8. Cf. Éx 20, 4 – 6. [↑](#footnote-ref-8)
9. Cf. Gn 21, 1 – 4. [↑](#footnote-ref-9)
10. Cf. Gn 22, 1 – 19. [↑](#footnote-ref-10)
11. Cf. 25, 29 – 34. [↑](#footnote-ref-11)
12. Cf. Jc 2, 6 – 3, 6. [↑](#footnote-ref-12)
13. Miq 3, 8; Is. 48, 16; 61, 1; Os 9, 7; Jl 3, 1. [↑](#footnote-ref-13)
14. Hebr 1, 1 – 2. [↑](#footnote-ref-14)
15. Jn 1, 14. [↑](#footnote-ref-15)
16. Mt 28, 19 – 20. [↑](#footnote-ref-16)
17. SC 35, 1. [↑](#footnote-ref-17)
18. SC 28 [↑](#footnote-ref-18)
19. IGMR 29 [↑](#footnote-ref-19)
20. Cf. SC 9 [↑](#footnote-ref-20)
21. OLM 52 [↑](#footnote-ref-21)
22. Cf. IGMR 55 [↑](#footnote-ref-22)
23. Cf. Hech 8, 26 – 39. [↑](#footnote-ref-23)
24. Cf. Is 5, 1 – 7. [↑](#footnote-ref-24)
25. Cf. Jer 1, 4. [↑](#footnote-ref-25)
26. Cf. Jer 26, 1 – 24. [↑](#footnote-ref-26)
27. Cfr. Gracia, A. A. V. V. “Enciclopedia de la religión católica” Dalmau y Javer, T III, España 1952 [↑](#footnote-ref-27)
28. Cfr. Edicto, A. A. V. V. “Enciclopedia Salvat” Salvat Editores, T V, España 1971 [↑](#footnote-ref-28)
29. Cfr. *Proclamación*, A. A. V. V. “Enciclopedia universal ilustrada” Espasa, España 1992 [↑](#footnote-ref-29)
30. GRABNER Anton, “Vocabulario Práctica de la Biblia”, Herder, España 1975. [↑](#footnote-ref-30)
31. Cfr. *Designio de Dios*, LEÓN Xavier “Vocabulario de Teología Bíblica” Herder, España 1985 [↑](#footnote-ref-31)
32. Cf. Mt. 28, 19; Mc.16, 15-20; Hch. ;1 Jn. 4, 11-16 [↑](#footnote-ref-32)